

Provincia Eclesiástica de Madrid

- Nota de los Obispos de la Provincia Eclesiástica de Madrid ante las próximas elecciones autonómicas del 26 de Octubre de 2003 887

Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL-ARZOBISPO

- Transmitir la fe en Europa en el corazón de las culturas 891
- Signos de Esperanza 902
- Homilía en el Congreso Nacional de Misiones 905
- Por un empeño en vencer todo racismo, xenofobia y nacionalismo exacerbado 910

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 914
- Sagradas Órdenes 918
- Defunciones 919
- Actividades del Sr. Cardenal. Septiembre 2003 920

Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

- 150 aniversario de Fundación de la "Hermandad del Santísimo Cristo del Sudor" 923
- Boda de Pablo Senabre y Amparo Catalá 928
- Fiesta de la Virgen del Val 932
- Apertura del Curso Académico 2003-2004 en la Universidad de Alcalá de Henares 937

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Decretos 941
- Nombramientos 943
- Actividades del Sr. Obispo. Septiembre 2003 946

Diócesis de Getafe

SR. OBISPO

- Homilía en la ceremonia de envío de profesores de religión 949
- Homilía en la eucaristía celebrada en la Cárcel de Valdemoro 953

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

- Nombramientos 957
- Defunciones 960

Iglesia Universal

ROMANO PONTÍFICE

- Mensaje para la XXIV Jornada Mundial del Turismo 961

Edita:

SERVICIO EDITORIAL DEL ARZOBISPADO DE MADRID. c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Redacción:

DELEGACIÓN DIOCESANA DE MEDIOS DE COMUNICACIÓN SOCIAL
c/ La Pasa, 5. Bajo, dcha. - 28005-MADRID - Teléfono: 91 364 40 50 - E-mail: boam@planalfa.es

Administración, Suscripciones y Publicidad:

c/ Bailén, 8 - 28071-MADRID - Teléfono: 91 454 64 00

Imprime:

Orinoco Artes Gráficas, S.L. - c/ Caucho, 9 - Tels. 91 675 14 33 / 91 675 17 98 - Fax: 91 677 76 46
E-mail: origrafi@teleline.es - 28850-Torrejón de Ardoz (Madrid)

AÑO CXXI - Núm. 2752 - D. Legal: M-5697-1958

Provincia Eclesiástica de Madrid

NOTA DE LOS OBISPOS DE LA PROVINCIA ECLESIAÍSTICA DE MADRID ANTE LAS PRÓXIMAS ELECCIONES AUTONÓMICAS DEL 26 DE OCTUBRE DE 2003

1. - Los Obispos de la Provincia Eclesiástica de Madrid, nos dirigimos a los católicos y a todos aquellos que nos quieran escuchar y acoger nuestra palabra, ante la convocatoria de unas nuevas elecciones autonómicas en la Comunidad de Madrid, con el fin de iluminar la conciencia a la hora de emitir el voto como responsabilidad inalienable de la participación en el bien común.

La palabra autorizada de Juan Pablo II, en su reciente visita a España, contribuyó sin duda con la fuerza de su supremo magisterio a iluminar y orientar, de cara a las elecciones municipales y autonómicas, la conciencia cristiana en los diversos problemas que forman parte de la vida diaria y que reclaman luz y sabiduría política. Juan Pablo II diseñó el modelo de persona y de sociedad que, inspirado en la luz del evangelio y del Magisterio de la Iglesia, tiene el poder, cuando lo hacemos nuestro, de regenerar la sociedad y de evitar las lamentables actitudes que, por desgracia, corrompen a la persona y, por consiguiente, sus comportamientos personales y públicos, incluido el ejercicio de la noble actividad política.

Los acontecimientos posteriores ocurridos en la constitución de la Asamblea de la Comunidad Autónoma de Madrid, que afectan gravemente al bien común e interpelan de manera significativa a todos los ciudadanos, han generado

un nuevo escenario político y social. La relevancia de lo ocurrido supone una llamada a asumir la responsabilidad moral y política que a todos nos concierne, en especial a los candidatos y a los partidos políticos que les presentan, y representan.

Los obispos de la Provincia Eclesiástica de Madrid -Madrid, Getafe y Alcalá-, en cumplimiento de nuestra misión de pastores, tenemos el deber de recordar algunos principios elementales de la moral política, al mismo tiempo que nos sentimos obligados, por la gravedad de los hechos, a presentar algunos criterios que contribuyan a clarificar la conciencia moral en orden a la construcción del bien común.

2.- Por tanto, recordamos, una vez más, que el ejercicio del voto libre y responsable debe hacerse siempre desde una conciencia rectamente formada. Para que el voto sea libre y responsable se requiere, entre otras condiciones, un conocimiento objetivo de los programas electorales y de las propuestas concretas de cada uno de los partidos.

3.- Exhortamos a los católicos, y a los que tienen a bien atender nuestros requerimientos, para que a la hora de decidir su voto, en orden a un coherente discernimiento moral, tengan presente, en los programas electorales y en las propuestas políticas concretas, los siguientes criterios conformadores del bien común:

- La defensa de los derechos fundamentales de la persona, especialmente el derecho a la vida desde el primer momento de la concepción, y, por tanto, el derecho inviolable y sagrado del embrión humano. El aborto, la eutanasia, el terrorismo, no pueden ser, en ningún caso, justificados, defendidos o amparados.
- La defensa de los derechos de la familia, fundada en la unión matrimonial indisoluble del varón con la mujer; los principios básicos de justicia social en la Comunidad de Madrid que exigen la garantía del derecho a una vivienda digna y asequible así como al trabajo, reclaman una lucha contra la marginación y una efectiva acogida a los inmigrantes.
- El derecho a una educación que facilite a los padres el libre ejercicio de la elección del modelo educativo integral que desean para sus hijos.
- La promoción de una cultura que respete los valores morales y religiosos como base imprescindible para la paz y para el bienestar social.

Rogamos al Señor, y a Santa María, que las próximas elecciones contribuyan al deseado bien común de nuestro pueblo.

† Antonio María Rouco Varela
Cardenal-Arzobispo de Madrid

† Francisco José Pérez y Fernández Golfín
Obispo de Getafe

† Jesús E. Catalá Ibáñez
Obispo de Alcalá de Henares

† Fidel Herráez Vegas
Obispo Auxiliar de Madrid

† César Augusto Franco Martínez
Obispo Auxiliar de Madrid

† Eugenio Romero Pose
Obispo Auxiliar de Madrid

† Joaquín M^a López de Andújar y Canovas del Castillo
Obispo Auxiliar de Getafe



Diócesis de Madrid

SR. CARDENAL-ARZOBISPO

**TRANSMITIR LA FE EN EUROPA
EN EL CORAZÓN DE LAS CULTURAS.
UN PUNTO DE VISTA DESDE EUROPA OCCIDENTAL**

Pontificium Consilium de Cultura

Graz, 23 de mayo de 2003

El tema propuesto es tan complejo como interesante. Dado el breve tiempo disponible para nuestra intervención en esta mesa, se entiende que hemos de renunciar a cualquier pretensión de tratarlo de modo completo. Se nos ofrece, en cambio, la oportunidad - que agradecemos - de poner algunos acentos en orden a destacar elementos del problema que, desde nuestro punto de vista, resultan particularmente dignos de ser tenidos en cuenta en el momento actual de la obra evangelizadora de la Iglesia o, si se quiere, de la inculturación de la fe en esta hora de la historia.

1. Cultura y culturas en Europa

No cabe duda de que Europa puede ser vista como un mosaico de culturas que se expresan en una gran diversidad de lenguas, vehículos de riquezas y centenarias

tradiciones literarias, filosóficas, teológicas y, en general, de comprensiones específicas del mundo. Con todo, resulta evidente que la que podríamos llamar “cultura pública occidental moderna” extiende su influencia de manera progresiva a todos los ámbitos y geografías de Europa, llegando a convertirse en una especie de cultura común europea. Es una cultura que hunde, ciertamente, sus raíces, en los fértiles suelos de la fe cristiana y de ella, así como de lo mejor de la cultura grecolatina, extrae la savia que alimenta sus frutos más sazonados. Sin embargo, esta cultura “se aleja consciente y decididamente de la fe cristiana y camina hacia un *humanismo inmanentista*”, según se constata en el Plan Pastoral de la Conferencia Episcopal Española vigente para el cuatrienio 2002-2005¹.

Los obispos españoles añaden que, en este “contexto cultural difícil”, se ha producido también una situación eclesial “delicada”² caracterizada por una considerable “secularización interna”³ de la Iglesia. Las dificultades así creadas en el interior de la Iglesia han tenido como el primero de sus efectos, según este mismo diagnóstico, precisamente el de “la débil transmisión de la fe a las generaciones jóvenes”⁴. Más adelante se habla incluso de “la interrupción de la transmisión de la fe cristiana en amplios sectores de la sociedad”⁵.

El realismo de estas constataciones no debe ser confundido en modo alguno con ningún tipo de pesimismo o de desesperanza. Miramos, por el contrario, la realidad desde la esperanza cristiana y proponemos una pastoral esperanzada y de la esperanza. Pero, además, somos también muy conscientes de que la mencionada “cultura pública occidental moderna”, que supone un reto tan notable para la salud espiritual de la Iglesia y para su obra evangelizadora, no es la única cultura presente entre nosotros. Existe también la que podríamos calificar como una cultura de impronta religiosa y cristiana que se vive en ámbitos en cierto modo más privados, como el de la familia, ciertos espacios escolares y determinadas instituciones sociales que abarcan desde expresiones de religiosidad popular hasta usos y costumbres festivas o de otro orden. En esta cultura vital se mantiene e incluso, en algunos casos, florece y se desarrolla una visión cristiana de la vida, que, aunque no siempre libre de elementos rutinarios o incluso menos evangélicos, orienta la existencia de las gentes en una dirección distinta de la marcada por la cultura pública dominante.

¹ LXXVII Asamblea Plenaria, *Plan Pastoral de la Conferencia Episcopal Española 2002-2005. Una Iglesia esperanzada: “¡Mar adentro!”* (Lc 5, 4), Madrid, 19-23 de noviembre de 2001, n° 7.

² L. c., n° 12.

³ L. c., n° 10.

⁴ L. c., n° 11.

⁵ L. c., n° 28.

Lo acontecido en los cinco viajes apostólicos de Juan Pablo II a España -desde el primero de 1982 hasta el más reciente, de este mismo mes de mayo de 2003- no se entendería si no tuviéramos en cuenta la existencia simultánea de las dos culturas mencionadas. La presencia del Papa ha tenido una y otra vez la virtud de hacer aflorar a la superficie de la vida pública del país la vigorosa realidad de una cultura marcada por la fe cristiana que, por lo general, permanece a la sombra de la cultura inmanentista y anticristiana. El excepcional entusiasmo, la afluencia masiva, el eco suscitado y los efectos permanentes que producen las visitas del Papa constituyen un fenómeno sociológico sin parangón que no tendría explicación suficiente, si la cultura pública occidental moderna ocupara ella sola todo el espacio de la vida de los españoles.

La transmisión de la fe ha de realizarse en el corazón de ambas culturas. Repasamos brevemente algunos de los rasgos de cada una de ellas, así como los principios evangelizadores más destacables y apropiados para cada caso.

2. Transmitir la fe en el corazón de la cultura dominante

Como es sabido, el rasgo tal vez más definitorio de la cultura imperante en el mundo occidental es su carácter cerradamente inmanentista. El hombre moderno, como dijera ya el romántico alemán F. Schlegel, ha dejado “el cielo para los gorriones” y centra todas sus energías en la construcción del mundo a la medida de sus propios proyectos. De este modo, la cultura ha pasado a constituirse en el medio y el instrumento de la “salvación” del individuo y de la humanidad. Cuando Dios desaparece del horizonte, los poderes del hombre, reales o supuestos, se constituyen en la referencia última de la vida. En efecto, ¿de dónde esperará, si no, la solución de sus problemas y la realización de sus aspiraciones el hombre acostumbrado a mirar a la ciencia y a la técnica como a los poderes últimamente configuradores de la existencia? La cultura, comprendida reductivamente como el complejo mundo construido por el hombre en virtud exclusivamente de su saber y de su poder, se presenta entonces a sí misma como superadora absoluta de un pasado “infantil”, como aseguradora de un presente “adulto” o “autónomo” y como garante del “progreso” hacia un futuro utópicamente concebido como el lugar del bienestar y de la libertad plenas.

En este contexto, ni la idea ni la realidad de Dios juegan papel positivo alguno en la comprensión y en la articulación de la vida de la persona y de la sociedad. El ser humano es entendido fundamentalmente como el actor de la

cultura, o, dicho de otro modo, como el constructor de sí mismo y de su mundo. La sociedad, naturalmente, también, como un mero producto de la ingeniería social que se esfuerza en establecer los equilibrios adecuados entre las fuerzas políticas o económicas.

La insuficiencia antropológica radical de la cultura secularista estriba precisamente en esa concepción suya del ser humano como último y, por tanto, mero actor en el escenario del mundo, ya que esta visión de las cosas se muestra incapaz de reconocer la relevancia que merece a la otra cara de la acción, es decir, a la pasión o la receptividad. Pero el ser humano es en realidad tan originariamente receptor como constructor. En lo más íntimo de su ser es y se siente como dado a sí mismo, y no sólo como realizador de sí mismo; es y se siente objeto-sujeto de una interpelación que le llega de mucho más allá de él mismo, de la humanidad y del mundo. Quien así aparece como dador e interpelador no puede ser concebido más que como el verdaderamente Absoluto, cuya preterición o ignorancia convierte al hombre ineludiblemente en un falso absoluto que tiende a encerrarle en los límites del mundo finito, maravillosos, ciertamente, pero de por sí estrechos para el ser racional.

La estrechez antropológica que se halla en la base de la cultura secularista no puede resultar beneficiosa ni para la salud espiritual de los individuos ni para la convivencia ordenada, en la paz y en la justicia.

Abandonado al resultado de sus propias acciones o, si se quiere, a la cultura supuestamente construida por él mismo y cerrada sobre sí misma, el hombre moderno se encuentra ante una fatal alternativa. O bien se resigna a vivir entretenido con sus productos, en la superficie de la realidad, recurriendo para ello, si es preciso, a narcotizar su espíritu y su mente de mil modos, desde el sexo y las drogas, hasta la fanatización ideológica del relativismo sistemático; o bien, si se atreve a no reprimir los dinamismos trascendentes de su espíritu, se sentirá tentado por la desesperación en medio de una forma de vida que ha sido concebida para cercenarlos. El crecimiento del número de los suicidios y de ciertas enfermedades mentales es expresión extrema de una realidad, por desgracia, más cotidiana.

Pero el desamparo sufrido por los individuos en su vida personal está estrechamente relacionado con la valoración filosófico-social del ser humano a la que aboca el humanismo inmanentista. Pocas veces en el pasado se ha hablado tanto del hombre como centro de la vida social. La Declaración Universal de los Dere-

chos Humanos de 1948 supuso, no cabe duda, un hito histórico en la protección jurídica de la persona humana. Sin embargo, es necesario recordar que su formulación no se dio sino como reacción -saludable, ciertamente- a una antigua historia de positivismo filosófico-jurídico cuya desembocadura había sido la terrible experiencia del nacional-socialismo. El decurso posterior de la historia, marcada inmediatamente por los totalitarismos de signo marxista y, de otra parte, poco después, por los liberacionismos de idéntica procedencia ideológica, puso de manifiesto que la fundamentación de los derechos de la persona seguía siendo en una cuestión sin resolver⁶. La evolución de los acontecimientos después de la caída del muro de Berlín, en 1989, ha dejado históricamente patente la profundidad del problema. Es todo el curso de la trayectoria cultural de Europa en los últimos siglos la que aparece cuestionada. El último de los totalitarismos del siglo XX ha desaparecido, pero no son pocos los indicios que nos alertan sobre la persistencia de sus raíces culturales en el antropocentrismo inmanentista. Pensemos en la puesta en cuestión del carácter personal del ser humano, tan llamativa en el campo de las cuestiones suscitadas por las ciencias de la vida o, en otro orden de cosas, en la persistente ausencia de un reconocimiento positivo y público de la dimensión religiosa de la persona.

Por lo que toca al campo de la vida, es necesario mencionar la *legitimación* social del aborto, fenómeno que el conocido pensador español Julián Marías, no ha dudado en calificar como el acontecimiento más grave de los acaecidos en el siglo XX. De la mano de tal legitimación, que no puede ser comprendida más que sobre la base de la mentalidad antropocéntrica negadora de la inexpurgable vinculación de todo ser humano con Absoluto, sigue abriéndose cauce en la opinión y en las leyes la idea de que el hombre, constructor soberano de su mundo, puede construir y destruir también la misma vida humana. Ahora bien, de aquí a la negación del carácter personal de todo ser humano no hay más que un paso. Y este paso se ha dado ya también en el campo de la teoría ético-antropológica. Baste recordar las tesis de Peter Singer, según las cuales “ni todos los miembros de la especie *homo sapiens* son personas, ni todas las personas son miembros de la especie *homo sapiens*”. “Los bebés humanos que no nacen con conciencia de sí mismos, ni son capaces de comprender que existen en el tiempo, no son personas”⁷.

⁶ Cf. A. M^a Rouco Varela, “Los fundamentos de los Derechos Humanos. Una cuestión urgente”, en Id., *Teología y Derecho. Escritos sobre aspectos fundamentales de Derecho Canónico y de las relaciones Iglesia-Estado*, Editado por R. Serres López de Guereñu, Ediciones Cristiandad, Madrid 2003, 665-722.

⁷ P. Singer, *Repensar la vida y la muerte. El derrumbe de nuestra ética tradicional*, Barcelona 1997, 199, 202ss.

Sobre la base de una concepción semejante del ser humano, sólo dispuesta a reconocerle el carácter de persona en función de criterios puramente funcionales y empiristas, no es extraño que tampoco el reconocimiento del derecho fundamental a la libertad religiosa haya podido desarrollarse de modo integral y positivo. Si el ser humano no es un ser fundamentalmente religioso, el Estado hace lo justo cuando no reconoce a la religión sino un lugar más o menos residual en el ámbito de la vida privada. Allí, según el principio general de una supuesta neutralidad del Estado y de acuerdo con la norma básica de la tolerancia, también a lo religioso se le reconoce un lugar. Pero siempre bajo el presupuesto más o menos explícito de que la vida social y política en cuanto tal habría de ser posible sin referencia alguna a la Trascendencia y a la religión. La cooperación entre la Iglesia y el Estado se establece entonces, en todo caso, sobre la base de un mero y calculado reconocimiento de datos sociológicos; lo cual, naturalmente, dista mucho de una concepción de lo social y del Estado como referidos de por sí, junto con el ser humano y el ciudadano, a la Trascendencia y a lo que la tradición católica se ha llamado la Ley natural. Es decir, que no se encuentra el camino para articular el reconocimiento de la libertad religiosa de un modo equilibrado, tan distante del laicismo como del confesionalismo. No se encuentra, porque no se acaba de dar cauce a una antropología verdaderamente integral que, abierta a la cuestión de Dios, no encierra a la cultura en el estrecho marco de la mera construcción humana.

La transmisión de la fe en el corazón de la cultura europea dominante no es fácil, pero pensamos que los tiempos están ya maduros para un nuevo comienzo. El Concilio Vaticano II encierra posibilidades evangelizadoras que distan mucho de haber sido desarrolladas y explotadas convenientemente.

Ante todo será necesario volver a hablar de Dios con el gozo y la convicción de nuestros padres en la fe: de Abraham, de Moisés, de Pablo, de Pedro; con la fortaleza y con la humildad con la que María se expresa en su cántico del *Magnificat*. Será necesario hablar de Dios tal y como Él mismo se nos ha revelado en Jesucristo, el Señor, como “lo único necesario” (Lc 10, 42) y, al mismo, tiempo como la invitación más suave hacia la plenitud anhelada: “si quieres ser perfecto...” (Mt 19, 21). En la Cruz de Cristo hemos conocido la verdad de Dios y del hombre.

El anuncio del Dios vivo a nuestros contemporáneos deberá constituir el primer e insoslayable empeño de la pastoral misionera de la Iglesia. Ha pasado ya el momento de los miedos o de las precauciones excesivas. “Sin el Creador la criatura

se diluye”⁸: esta palabra del Concilio ha de estimular la misión de la Iglesia de tal modo que la comunicación de la buena noticia del Dios de creador y redentor pueda ser entendida como el mejor medio de promover la “justa autonomía” del ser humano y de las realidades terrenas. No hay otro camino para “reconocer como legítima la autonomía que la cultura reivindica, sin caer en un humanismo meramente terrestre, más aún, contrario a la religión misma”⁹.

El anuncio de Jesucristo crucificado y resucitado, como manifestación suprema del misterio de Dios, puede y debe ser hecho por la Iglesia, de modo adecuado a cada caso, también en “los grandes areópagos” de la cultura dominante. Son los fieles laicos quienes, ante todo, están llamados a esta tarea a través de su existencia y de su trabajo diario en el interior de los diversos ámbitos de la vida social. Como miembros vivos del Cuerpo de Cristo, en comunión con la Iglesia universal, los bautizados son capacitados por la gracia para ejercer su libertad cristiana en la configuración de las realidades del mundo de acuerdo con la fe y la esperanza del Evangelio. La presencia cristiana activa en el mundo exige hoy, en el marco de una cultura dominante hostil, una fuerza y una paciencia extraordinarias. Pero son muchos los ejemplos concretos que nos persuaden de que no se trata de una misión imposible para quien alimenta su vida de la gracia redentora de Cristo.

3. Transmitir la fe en y desde los ámbitos culturales de alma cristiana

La fe cristiana crea cultura en todos los ámbitos de la vida humana. No se identifica con ninguna cultura, pero es capaz de asumir, purificándolos y dinamizándolos, los diversos modos de vida de los pueblos. También la cultura pública occidental moderna es susceptible de ser asumida por la fe. Es cierto que se trata una cultura absolutamente heterogénea respecto de todas las demás, ya que se muestra como la única cerrada por principio a la religión. De ahí la especial dificultad que ofrece para la inculturación de la fe. Sin embargo, tal vez precisamente por eso, es decir, por ser una cultura tan particular y tan especialmente deficitaria respecto de lo constituyente de la humanidad del hombre, como es la dimensión religiosa, la cultura del humanismo inmanentista no aparece como omniabarcante, sino que se ve forzada a convivir con otras culturas de muy diverso signo. Es el caso, entre nosotros, de los ámbitos culturales informados por la fe cristiana. Entre ellos hay que contar los ámbitos específicamente eclesiales,

⁸ Concilio Vaticano II, Const. *Gaudium et spes*, 36.

⁹ L. c., n° 56.

como serían la parroquia, los movimientos y las escuelas cristianas; y también, los ámbitos de la familia, de organizaciones cristianas y de instituciones y costumbres populares diversas. Todo este entramado vital tiende a ser ignorado y es de hecho erosionado por la cultura dominante. Pero su resistencia y su vigor no pueden ser pasados por alto ni por la sociología ni, menos aún, por la obra evangelizadora de la Iglesia.

¿Se podría decir que la Iglesia, en cuanto comunidad celebrante de la fe, conforma un modo o modos específicos de cultura? Creemos que sí. No hace mucho, la vida de los pueblos y de las ciudades de Europa estaba netamente marcada por el ritmo temporal señalado por la cadencia y por las fiestas del Año Litúrgico. Se trata de una realidad aún operante. Es cierto que las cosas cambiaron, pero pensamos que más en cantidad que en la sustancia. ¿No siguen proporcionando las celebraciones litúrgicas a muchos de nuestros contemporáneos el ámbito tal vez más expresivo del sentido último de la vida? ¿Qué otra realidad ha sido capaz de sustituirlas satisfactoriamente? ¿No han recordado las celebraciones Jubilares del año 2000 -incluso desde el punto de vista de su éxito sociológico- que la comprensión cristiana del tiempo como lugar de la comunicación de la salvación de Dios sigue interpelando a nuestros contemporáneos, especialmente a los jóvenes? ¿Por qué crece en España de nuevo el número de jóvenes parejas que solicitan de la Iglesia la celebración sacramental de su matrimonio, aun cuando los “costes” de la misma sean superiores a los de la mera celebración civil tanto en términos del tiempo que exige su preparación como incluso desde el punto de vista de cierta corrección político-social? ¿Por qué también bastantes de los progenitores que en años pasados contrajeron sólo matrimonio civil se cuidan ahora de la iniciación de sus hijos a los sacramentos, en particular, al de la eucaristía?

No cabe duda: la celebración litúrgica del misterio de Dios y de su salvación en Jesucristo, no sólo edifica a la Iglesia, como el Concilio Vaticano II ha enseñado con tanto vigor; al mismo tiempo, y más allá de los límites espirituales y visibles de la comunidad eclesial, la Liturgia crea también cultura. Lo puede constatar cualquier observador atento de la realidad social. Nos lo recuerda el Santo Padre en su última encíclica sobre la Eucaristía: “Se puede decir así que la Eucaristía, a la vez que ha plasmado la Iglesia y la espiritualidad, ha tenido una fuerte incidencia en la ‘cultura’, especialmente en el ámbito estético”¹⁰. En efecto, las formas bellas crea-

¹⁰ Juan Pablo II, Carta Enc. *Ecclesia de Eucharistia*, n° 49.

das por y para la asamblea eucarística, desde las catedrales hasta las ermitas, pasando por la pintura y la música, todo ello forma parte de un modo de vida abierto a al Misterio que se hace sacramentalmente presente en el tiempo de la Iglesia y en el tiempo de la vida personal de cada persona.

Es necesario potenciar la vida litúrgica en todos sus aspectos: por supuesto, en el aspecto espiritual, ante todo, pero también en la forma, cuidada y fielmente creativa. La liturgia, más que un medio de evangelización y de transmisión de la fe, es ella misma hontanar del que la fe brota y se difunde, porque en ella es el Espíritu mismo del Resucitado el que toma voz y cuerpo, es decir, crea cultura. La cultura litúrgica existe. Debe ser potenciada en todos los aspectos.

En torno a la liturgia propiamente dicha existe también una cultura popular de variados rostros que es necesario conocer, apoyar y ayudar a discernir. Pienso, por ejemplo, en la religiosidad que se expresa en las fiestas patronales o en la Navidad o en la Semana Santa y la Pascua. Impresiona participar en las procesiones de Viernes Santo en cualquiera de los puntos de toda la geografía española en los que el pueblo cristiano se une al dolor del Hijo de Dios, crucificado, con expresiones estéticas y de piedad que brotan de lo más hondo del alma del pueblo y que se perpetúa y enriquecen con el paso del tiempo y en medio de una cultura poco o nada favorable.

Otro de los ámbitos culturales de alma cristiana es el de la familia. No por casualidad llama San Pablo al matrimonio el “gran sacramento” (Ef 5, 32). Es cierto que la familia, basada en la unión pública e indisoluble de un hombre y de una mujer, constituye hoy uno de los objetivos centrales del acoso cultural promovido desde los centros impulsores de la cultura inmanentista. La erosión sufrida por la familia a causa de ese acoso y de otras circunstancias relativas a la concepción y organización del trabajo es notable y preocupante. Con todo, la familia sigue gozando de relativamente buena salud y de una alta estima. En España los jóvenes la valoran por encima de cualquier otro grupo social.

Pues bien, es en la familia donde los padres y/o los abuelos inician a las nuevas generaciones en el conocimiento y en la práctica de la fe. Por la familia son acercados los niños a las aguas del bautismo; por ella son preparados para participar en la eucaristía y ser confirmados; en ella encuentran el modelo y el estímulo para fundar la propia familia; la familia es la que busca para sus hijos una escuela cristiana o se preocupa de que sean instruidos en la fe en la escuela pública. Todo

ello, a pesar del ambiente nada favorable del contexto cultural dominante. El acompañamiento pastoral de la familia debe constituirse en la prioridad de las prioridades para una Iglesia preocupada, con razón, por la transmisión de la fe en el corazón de la cultura europea contemporánea.

La pastoral familiar ofrece muchos caminos prácticos para la transmisión de la fe, que no podemos ni siquiera mencionar aquí. Pero, para concluir, deseamos llamar la atención sobre algo básico no sólo para dicha pastoral, sino para todo el empeño de la Iglesia en pasar el testigo de la fe a las nuevas generaciones. Nos referimos a la convicción básica de que la fe puede y debe transmitirse.

Una de las ideas que corren en el ámbito de la cultura dominante es que la fe es un asunto estrictamente individual, privado, en el que nadie debería inmiscuirse; tampoco los padres ni, por supuesto, los educadores, en la fe de los niños y de los jóvenes. Se supone que la fe, entendida como una especie de gusto personal más o menos caprichoso, no debe fomentarse y que, en todo caso, los padres respetuosos de sus hijos debería proporcionarles una información aséptica para que ellos elijan el día de mañana su creencia o su increencia. Estas ideas han llegado a calar también a algunos ambientes cristianos. No cabe duda de que muchos padres y educadores se sienten tentados de seguir estos criterios movidos por un deseo sincero de respetar el camino y la conciencia de los educandos y también porque saben que la fe cristiana no puede ser impuesta, sino que pertenece al fondo más íntimo del santuario de la conciencia, en el que la persona se encuentra con Dios en libertad.

Sin embargo, la tesis funesta de que la fe no es susceptible de ser transmitida y educada se basa en una concepción individualista del ser humano que nada tiene que ver con el verdadero respeto a la libertad y a la conciencia. Sus presupuestos teóricos son los mismos que aquellos que inducen al hombre moderno se considera a sí mismo como puro actor que se construye a sí mismo y a su mundo. No. El ser humano, que recibe del Creador el ser y la libertad, recibe también de su entorno familiar, eclesial y social los elementos que le permiten desarrollarse como persona. Por eso es el matrimonio el gran sacramento del amor de Dios por la humanidad. Desarrollar las capacidades humanas y sobrenaturales para acoger ese amor, no sólo no impide el florecimiento de la libertad, sino que será su condición de posibilidad.

Europa no ha perdido sus raíces cristianas. Es posible avanzar en la construcción de la civilización del amor. La presencia de un número cada vez mayor de conciudadanos procedentes de otros ámbitos culturales y religiosos, como el musulmán, nos estimula a cuidar y cultivar aquellas raíces. La savia que de ellas proviene nutrirá el suelo de una convivencia abierta, en el que habrá lugar para todos. Porque la relación religiosa con el Creador ha sido y seguirá siendo garante de la dignidad inviolable de todo ser humano. También de los menos capacitados para actuar en cualquier sentido y de quienes profesan otro credo u otras convicciones.

SIGNOS DE ESPERANZA

Al comenzar el curso pastoral 2003/2004

Alocución para Radio COPE
Madrid, 13 de septiembre de 2003

Mis queridos hermanos y amigos:

Afrontamos el nuevo curso pastoral 2003/2004 con una esperanza renovada y alentada por los signos de gracia y amor evangélico con los que el Señor nos ha ido regalando en los últimos meses de la vida de la Iglesia y de la sociedad. Desde hace dos milenios la Iglesia sabe que el signo supremo de su esperanza, y de la esperanza del mundo, es la CRUZ Gloriosa de Jesucristo, el Redentor del hombre. Jesús, “el Hijo del hombre”, ha sido elevado en la Cruz, “para que todo el que crea en él tenga vida eterna” (cfr. Jo 3, 16). Santa Teresa, la gran Santa de Ávila, glosará la verdad salvadora de ese signo victorioso y definitivo de la esperanza en versos de sencilla y transparente belleza:

*“Después que se puso en cruz
El Salvador,
En la Cruz está la gloria
Y el amor,
Y en el padecer dolor
Vida y consuelo,
Y el camino más seguro para el cielo”*

Pero ese signo inconfundible y permanentemente vivo de la esperanza cristiana, que hoy la Iglesia celebra y exalta de forma especialmente solemne en la liturgia de este domingo, opera y se manifiesta de modos siempre nuevos por la acción del Espíritu Santo en la comunidad eclesial y en cada alma, respondiendo a las necesidades de la evangelización en cada momento de la historia. También hoy, para nosotros y para la Iglesia Diocesana de Madrid, que reemprende el itinerario de preparación del III Sínodo Diocesano con renovado vigor espiritual y apostólico, suscita el Espíritu nuevos y reconfortadores signos de esperanza: signos de la esperanza victoriosa de la Cruz de Cristo que reavivan, purifican y refuerzan nuestro compromiso sinodal. ¡En verdad no nos faltan signos auténticos de la esperanza cristiana al filo del tiempo veraniego que se acaba! El Señor los ha prodigado en estos meses con una fuerza cualitativamente superior a la que podría desprenderse de los contrasignos puestos por los enemigos de la Cruz de Cristo, siempre dispuestos a sembrar la cizaña del desaliento y de la desesperación.

El viaje y la visita apostólica del Santo Padre a España es uno de ellos, y bien significativo. El Papa ha hecho resonar la Palabra del Evangelio con una transparencia interior y una irradiación exterior que ha removido y conmovido nuestra conciencia de cristianos hasta lo más hondo de sí misma. La llamada a la fidelidad agradecida y al testimonio misionero por el don del Evangelio recibido en una historia bimilenaria de gracia nos reclama una respuesta de fe y de vida que habrá de florecer en nuevas e infinitas primaveras de la Iglesia en España y en Europa.

Otro signo no menos llamativo nos lo ofrecieron nuestros jóvenes convocados e invitados por Juan Pablo II a ser testigos de la Cruz de Cristo en plenitud, desde la profunda intimidad de la experiencia interior del encuentro con Él, siguiendo “la Escuela de María”, y con la expresividad actualizada del empeño por la causa de la civilización del amor y de la paz en la hora presente de nuestra patria y del mundo, según el modelo de los cinco Santos de la Plaza de Colón. ¡Santos españoles del signo XX! El “Sí” de la juventud de España al Papa fue de acogida y sintonía cordial, entusiasta y vibrante: con él y su mensaje. Sintonía prometedora de conversiones de vida y cambios de rumbo en la dirección del amor del Corazón de Cristo Crucificado. El Santo Padre se referiría a los jóvenes, en la oración conclusiva de la emocionante Vigilia Mariana de Cuatro Vientos, como “los centinelas del mañana”, “el pueblo de las Bienaventuranzas”, “la esperanza viva de la Iglesia y del Papa”.

Y no menos significativo en la línea de la esperanza cristiana ha sido el servicio heroico de tantos cristianos y personas de buena voluntad en este durísimo

verano de calor y sequía, prestado en comunidades parroquiales y en otros ámbitos de actuación, eclesiales y civiles, atendiendo a los enfermos y accidentados, a los ancianos solos y abandonados, a las familias y en las familias con muchos niños, sin olvidar a los que han mantenido la vigilancia y seguridad en el tráfico y en la lucha contra los incendios. Su estilo ha sido el de la generosidad y de la modestia. Ellos han sido, casi siempre desde el anonimato, los verdaderos protagonistas de la mejor y más valiosa crónica veraniega, muy por encima de los personajes de la vida fácil y frívola tanto y tan vanamente celebrados por los medios de comunicación social. Por esos héroes animosos del servicio al prójimo se ha mantenido viva la actualidad del amor verdadero, “el que da la vida por los hermanos”: la verdad del amor cristiano. Ellos nos han proporcionado otro argumento irrefutable para la esperanza.

¿Cómo no vamos a sentirnos interpelados e impulsados para proseguir el camino sinodal como una gran apuesta pastoral por un futuro auténticamente renovador de nuestra vida cristiana y del servicio apostólico a nuestros hermanos, creyentes y no creyentes? En el centro espiritual de nuestros compromisos personales y eclesiales con el Sínodo está nada más y nada menos que la transmisión de la fe en el Evangelio de la Esperanza. El Santo Padre usaba una fórmula de extraordinaria concisión en la Exhortación Postsinodal “La Iglesia en Europa” para captar lo nuclear de su contenido: “Jesucristo viviente en la Iglesia fuente de Esperanza para Europa”.

Santa Teresa del Niño Jesús, la joven carmelita francesa -cuyas reliquias veneraremos muy pronto en Madrid-, una de las figuras más señeras de la Iglesia contemporánea y que tanta esperanza de conversión y de vida sobrenatural ha suscitado en los hombres del siglo XX, nos enseña a entrar en el corazón de la Iglesia para acertar y perseverar en el servicio al Evangelio de la Esperanza; con la Santísima Virgen María, Madre y Señora de La Almudena, que es la que nos introduce a vivir ese amor en la comunión de la Iglesia llevándonos a su fuente primordial: el Corazón de su Hijo, Nuestro Señor Jesucristo.

De este modo continuará siendo cada vez más cierto que en Madrid, en su Iglesia Diocesana, “alumbra la esperanza”.

Con todo afecto y mi bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal-Arzobispo de Madrid

HOMILÍA en el Congreso Nacional de Misiones Burgos, 21.IX.2003

Lecturas del XXV Domingo del Tiempo Ordinario. Ciclo B

Mis queridos hermanos y hermanas en el Señor:

I. Si alguien, por ejemplo, un observador ajeno a la vida de la Iglesia, nos preguntase por la motivación primera y más honda de este Congreso Nacional de Misiones que hoy concluye en la ciudad de Burgos, señera en la historia contemporánea de las Misiones en España, habría que responderle con toda verdad que es el AMOR. El amor en el que Dios ha puesto la plenitud de la ley: el amor a El y al prójimo. El amor que queremos cumplir para llegar a la vida eterna, tal como se lo hemos suplicado en el Oración-Colecta con que abríamos la Liturgia de la Palabra en esta celebración eucarística.

Y ciertamente si uno se acerca a las razones de la Conferencia Episcopal Española a la hora de acordar y decidir la celebración de este congreso nos encontraremos con la conciencia de la necesidad apremiante de promover “la misión ad gentes”, porque hemos de poder seguir hablando seriamente -sin sonrojarnos por nuestras inconsecuencias- de la urgencia de avivar y fortalecer la comunión eclesial que no se logra de otro modo que a través de una experiencia fiel y plena, -auténtica, en una palabra- del Misterio de Cristo. ¿Es que acaso no ha

sido un espíritu misionero empapado del amor de Cristo, el que ha marcado los mejores y más fecundos períodos de la historia de la Iglesia en España? ¿No ha sido Jesucristo, vivo en su Iglesia, el que ha fascinado el alma y transformado las vidas de innumerables generaciones de jóvenes de todas las geografías eclesiales de España hasta nuestros días hasta el punto de convertirlos en “sus misioneros”? ¿Cómo no traer de nuevo a la memoria viva de los jóvenes católicos de hoy la figura del joven Francisco Javier y de su epopeya misionera? El representa el modelo insigne del misionero y de la misionera españoles de todos los tiempos.

Las experiencias contadas y compartidas estos días en Burgos en los encuentros informales y en las mesas redondas de las sesiones generales del Congreso reflejan la heroica actualidad de los misioneros hijos de la Iglesia que peregrina en España y de su entrega incondicional al servicio de la Evangelización de todos los pueblos de la tierra, especialmente de los más atribulados y escarnecidos:

- Ellos son los misioneros y misioneras, ya en el ocaso de la vida, celebrando “bodas de oro” con la Misión en Africa, Asia, América..., que siguen firmes, con entereza cristiana singular, en las fronteras más espinosas y sacrificadas de los países donde más se requiere el anuncio del Evangelio y donde más se anhela la presencia de los que lo encarnan en sus vidas con testimonio vivo. Ahí están, ellas y ellos, sin desfallecer en su amor a Cristo y a los hermanos. Deberíamos besarles las huellas, dejadas por sus pasos en la tierra de nuestras Iglesias y de sus diócesis de origen. Físicamente cansados, sí; pero espiritualmente, en cambio, sembrando de nuevas semillas los caminos de la misión y demostrando la perenne actualidad del Reino de Dios.

- Y son los jóvenes de nuestros días que sienten renacer la llamada de la misión en sus corazones, dispuestos a comprometer toda su existencia por Cristo y su Evangelio; y no solamente parte de su tiempo, de sus vacaciones o de sus talentos y recursos materiales. Los hay, y se los encuentra no tan infrecuentemente como muchos piensan y otros afirman, dentro y fuera de los ámbitos de la Iglesia. Basta asomarse a algunos de los más variados escenarios donde se desarrolla la vida diocesana -parroquias, movimientos, comunidades, seminarios...- para comprobarlo.

- Y, luego, los laicos y las familias misioneras que en un gesto de desprendimiento y abandono en las manos amorosas de la Providencia del Padre que está

en los Cielos, asombrosamente generoso, asumen el reto de la misión en una nueva forma de ser testigos del Evangelio de Cristo en la que la síntesis de la palabra y de la vida se presenta, por un lado, humilde y sencilla; pero, por otro, extraordinariamente auténtica y, consiguientemente, ejemplar y convincente.

No, no hay ni opera en el trasfondo real de esta historia de la Iglesia misionera en España y de su presente, tan humana y tan sobre-humana a la vez, otra razón decisiva que no sea EL AMOR, ¡EL VERDADERO AMOR! Todo lo demás es secundario.

II. Y, sin embargo, los Obispos españoles constatábamos en nuestro plan de acción pastoral para el período 2002/2003 desfallecimientos y carencias innegables en el empeño misionero de nuestras comunidades cristianas: disminución de las vocaciones misioneras, decaimiento del interés misionero de los fieles y, sobre todo, planteamientos teóricos y prácticos “de la misión” que la vaciarían, si prosperasen, no solamente de su esencia evangelizadora sino también, de sus efectos humanizadores. Y, por ello, nos parecía urgente para impulsar una nueva primavera de la acción misionera entre nosotros, “difundir la sana doctrina sobre el sentido y motivación de la misión, fomentar entre los sacerdotes y los seminaristas la dimensión misionera, promover nuevos cauces de misión por parte de los laicos y seguir apoyando la colaboración espiritual y económica de los fieles”. El Congreso que hoy clausuramos con gozo visible, alabando y dando Gracias al Señor en esta Eucaristía solemne, ha querido ofrecer una primera e iluminadora contribución teológica, pastoral y espiritual a la realización de este gran sueño de una Iglesia plenamente misionera, encendida del amor Cristo y a los hermanos. Sus frutos granarán y el camino misionero de España se poblará de nuevos evangelizadores si acertamos a comprender “sapiencialmente”, con la inteligencia y el corazón, en que consiste y de donde procede el verdadero amor y, luego, si sabemos profesarlo y transmitirlo a las jóvenes generaciones.

III. Celebramos la Santa Misa delante de las reliquias de Santa Teresita del Niño Jesús, Teresa de Lisieux, verdadera maestra de la Iglesia contemporánea en el conocimiento de ese amor. Su amor, por serlo sin tapujo alguno, fue plenamente cristiano y, por tanto, profundamente misionero en el tiempo y en la eternidad. Hay que oírla a ella misma cuando al final de su jovencísima vida en su acto de ofrenda al amor misericordioso de Dios, a la “Trinidad Bienaventurada”, a la que ella se dirige con un emocionado fervor, dice: “Puesto que me has amado hasta darme tu único Hijo para que fuese mi Salvador y mi Esposo, los tesoros infinitos de sus

méritos son míos; te los ofrezco gustosa, suplicándote que no me mires sino a través de la Faz de Jesús y en su corazón abrasado de amor”. Amor éste, el suyo, traspasado personalmente del amor del Corazón de Cristo que por obvia connaturalidad se ofrece a la Iglesia y a las almas sin límite alguno. Oigámosla de nuevo: ¡”Oh Jesús, amor mío! Por fin he hallado mi vocación, ¡mi vocación es el amor! Sí, he hallado mi puesto en la Iglesia, y ese puesto, ¡Oh, Dios mío! tú mismo me lo has dado: En el corazón de la Iglesia, mi madre, yo seré el amor. ¡Así lo seré todo! Así mi sueño se verá realizado”.

A fuerza que el sueño de la pequeña Teresa, discípula fidelísima de la Santa de Avila, -la Santa Madre, como la conocen sus hijas las Carmelitas de todos los tiempos- se realizaría prodigiosamente: Teresa, la del Niño Jesús, progresando por la vía de la infancia espiritual hasta el momento último y crucificado de su oblación al Padre, haría “descender una lluvia de rosas” después de su muerte sobre la Iglesia y los hombres de nuestro tiempo, como ella misma lo había presagiado. En lo más íntimo y misteriosamente entrañable de la experiencia mística de la pequeña Teresa alentaba el carisma de la sublime reformadora del Carmelo: “Considero yo muchas veces -decía Santa Teresa de Jesús- Cristo mío, cuán sabrosos y cuán deleitosos se muestran vuestros ojos a quien os ama y Vos, Bien mío, queréis mirar con amor. Paréceme que sola una vez de este mirar tan suave a las almas que tenéis por vuestras, basta por premio de muchos años de servicio”.

¡La hija merecía de verdad ser llamada e invocada Patrona de las Misiones y Doctora de la Iglesia como la madre!

IV. Siempre que en la historia de la Iglesia se ha conseguido abrir nuevas puertas a esa fórmula del verdadero amor, que tan genialmente ha revivido para nuestro tiempo Teresa de Lisieux, entonces ha brotado con un nuevo y arrollador impulso espiritual y apostólico el compromiso misionero. También nos sucederá así a los cristianos -pastores y fieles- del siglo XXI, a la Iglesia en España del tercer milenio. Cuando se entiende y se sigue al Jesús de la Cruz, que triunfó en la Resurrección, más allá de toda aspiración de victorias humanas y temporales, se sabe de quien viene y que es el Amor que salva verdaderamente al hombre. Los discípulos -¡los Doce, con Pedro a la cabeza!- lo comprendieron plenamente sólo a partir de Pentecostés. A los hijos de la Iglesia de todos los tiempos no se nos ahorra el tener que introducirnos, una y otra vez, en el mismo itinerario de conversión e identificación con Jesús, el Crucificado y Glorificado por nuestra salvación, que recorrieron los íntimos del Maestro. Para nuestro consuelo y perseverancia -¡no hay que olvi-

darlo!- contamos como ellos con la misma compañía maternal de María, la Madre del Señor, la Dolorosa y Asumpta al Cielo. Con la Virgen, nuestra Madre, y de su mano, iremos asimilando para nosotros y para el hombre contemporáneo, nuestro hermano, las exigencias de la verdadera justicia, la del Dios misericordioso, sin retirarnos cómodamente ante el combate diario de nuestras pasiones y sin arredrarnos cobardemente ante los embites de los enemigos de la Cruz de Cristo. Son los de siempre. Son, aquellos, a quienes molesta la justicia y el amor evangélico, hecho carne y sangre, dolor y esperanzas, renuncia y amor gozoso en la existencia diaria de los discípulos de Cristo. Con María, se aprende silenciosa y alegremente lo hermoso que es saber ser el último en el honor y el primero en el servicio.

Sí, con ella, “la Estrella de la Evangelización, nos será posible corresponder al reto del Papa en su despedida del cuatro de Mayo en Madrid -“España evangelizada, España Evangelizadora..., ese es el camino” exclamaba-. Corresponderemos con un sí, con un sí rotundo al compromiso misionero: ¡España misionera para siempre! ¡Ese es nuestro camino!

AMÉN.

POR UN EMPEÑO EN VENCER TODO RACISMO, XENOFOBIA Y NACIONALISMO EXACERBADO

El domingo, día 28 de septiembre, celebraremos la Jornada Pontificia del Día de las Migraciones bajo el lema: **Por un empeño en vencer todo racismo, xenofobia y nacionalismo exacerbado**. Esta jornada, una vez más, nos acerca a los hombres y mujeres, inmigrantes y refugiados, que viven y trabajan entre nosotros, invitándonos a trabajar juntos, sin dilación, a favor del mutuo reconocimiento en la sociedad y en nuestras comunidades cristianas y a *testimoniar en nuestra vida la Encarnación y la presencia constante de Cristo, quien, por medio de nosotros desea proseguir en la historia y en el mundo su obra de liberación de todas las formas de discriminación, rechazo y marginación* (Juan Pablo II, Mensaje Jornada Mundial de las Migraciones, 2003). Debería ser para todos *una renovada ocasión de especial oración por las necesidades de todos los que se encuentran lejos de su hogar y de su familia, y -a la vez- una jornada de reflexión sobre los deberes de los católicos para con estos hermanos y hermanas* (Juan Pablo II, *ibídem*).

Las migraciones, que a menudo son una dramática odisea humana para quienes se ven implicados, se han convertido en un fenómeno global en el mundo actual, revisten, no cabe duda, una compleja problemática y han introducido una creciente pluralidad cultural y religiosa en nuestra sociedad, y *plantea desafíos que la Iglesia peregrina, al servicio de toda familia humana, no puede dejar de asumir y afrontar con el espíritu evangélico de caridad universal* (Juan Pablo II, *ibídem*).

Como recordaba recientemente (cfr. Por una Convivencia verdaderamente humana, fraterna y cristiana, abril 2003), el inmigrante como persona es mucho más que un mero instrumento a nuestro servicio. Sin embargo, con demasiada frecuencia, es contemplado desde una racionalidad meramente económica y, por tanto, como un simple recurso humano para nuestro beneficio, minusvalorando incluso el tiempo que haya pasado entre nosotros, su contribución innegable a nuestro bienestar, y no apreciando suficientemente sus raíces familiares, culturales y religiosas. Con lo cual se olvida que ellos también son personas con una vocación y un proyecto de vida que tienen el derecho -y el deber- de desarrollar. *Las migraciones pierden así la dimensión de desarrollo económico, social y cultural que poseían históricamente* (Juan Pablo II, *ibídem*).

No debe, por tanto, extrañar que la inmigración sea vivida muchas veces con tensión, en conflicto y dolorosamente tanto por los propios inmigrantes como por quienes les recibimos. Llegan en busca de vida, de refugio, de trabajo..., y ocurre que su presencia no es siempre bien comprendida, preguntándonos por qué tenemos que asociar y hacer sitio en nuestra vida a quien llega de lejos con cultura, credo y tradiciones tan diferentes a las nuestras y construir juntos un futuro de esperanza para todos.

Os animo a todos -inmigrantes y madrileños- trabajar incansablemente a favor de una convivencia pacífica y solidaria entre todos nosotros. Juntos hemos de empeñarnos en derribar las barreras de la desconfianza y rechazar la discriminación o exclusión de cualquier persona, con el consiguiente compromiso de promover sus derechos inalienables para que aumente la comprensión y la confianza y la labor de evangelización.

Para los cristianos, la búsqueda paciente y confiada del anuncio de Cristo y su Evangelio constituye nuestra misión. Así se puede construir una sociedad verdaderamente humana. *Cuando surgen tensiones, la credibilidad de la Iglesia en su doctrina sobre el respeto fundamental debido a toda persona reside en la valentía moral de los pastores y los fieles de apostar por la caridad* (Juan Pablo II, *ibídem*). De este modo, nuestras comunidades parroquiales representan el espacio donde puede llevarse a cabo *una verdadera pedagogía del encuentro entre inmigrantes y autóctonos, ayudando a superar el desafío de pasar de la mera tolerancia en relación con los demás al respeto real de sus diferencias; de vencer toda tendencia a encerrarse en sí mismos y de transformar el egoísmo en generosidad, el temor en apertura y el rechazo en solidaridad* (Juan Pablo II,

ibídem). Un espacio privilegiado donde se realice el intercambio de experiencias y dones, el conocimiento y enriquecimiento mutuos, el descubrimiento de las semillas de la verdad en las diversas culturas, y donde todos, españoles e inmigrantes, sepamos plantear las cuestiones de sentido, las exigencias de la ley moral y de la relación con Dios, y abordarlas abriendo caminos de solidaridad y de esperanza y ofreciendo la persona y respuesta del Señor como respuesta global a todo hombre.

Esta es nuestra tarea común. Inmigrantes y españoles juntos, hemos de construir en la vida diaria, con gestos evangélicos: de solidaridad, de mutua ayuda, de amistad y de fraternidad, realizados con sencillez y constancia, una convivencia profundamente humana.

Siguiendo a Cristo, *nuestra paz: él, que de los dos pueblos hizo uno y derribó el muro de separación, la enemistad, aboliendo en su vida moral la Ley de los minuciosos preceptos; así, con los dos creó en sí mismo una humanidad nueva, estableciendo la paz y, a ambos, hechos de un solo cuerpo, los reconcilió con Dios por medio de la cruz, matando en sí mismo la hostilidad* (Ef 2, 11-16), hemos de empeñarnos juntos en la construcción de la Iglesia que es la mejor ayuda para nuestro pueblo, nuestro barrio y nuestra comunidad. Es la acción propia de una comunidad cristiana que vive *la catolicidad como una apertura esencial a todo lo que es obra del Espíritu en cada pueblo* (Juan Pablo, ibídem). Este es el único camino para alimentar la esperanza de ahuyentar la indiferencia y rechazar el espectro de la xenofobia y el racismo. Es la acción urgente frente al deterioro humano que los repliegues egoístas provocan socavando muchas veces nuestra convivencia diaria.

La atención al hombre y la mujer inmigrantes y refugiados y el servicio a la fe, en una sociedad cultural y socialmente heterogénea, son una prioridad para toda comunidad cristiana llamada a constituirse desde la opción prioritaria por los pobres, en Evangelio no sólo para los inmigrantes sino también para el conjunto de la sociedad española. *Esta apertura construye comunidades cristianas fervientes, enriquecidas por el Espíritu con los dones que les aportan los nuevos discípulos procedentes de otras culturas* (Juan Pablo II, ibídem).

La Iglesia es consciente de que tiene esa misión. Sabe que Cristo la quiso como signo de unidad en el corazón del mundo, pues como afirmaba el Concilio Vaticano II *este pueblo mesiánico, aunque de hecho aún no abarque a todos los hombres y muchas veces parezca un pequeño rebaño, sin embargo, es un ger-*

men muy seguro de unidad, de esperanza y de salvación para todo el género humano (L.G., 9).

Exhorto a todos los católicos a sobresalir en esta apasionante tarea, convencidos de que realizar una sociedad nueva desde la *aceptación del que llega porque es un hermano, no es una utopía, sino una realidad concreta, escogida y posibilitada por el Espíritu, por que la caridad es un don de Dios.* (Juan Pablo II, *ibídem*).

Que la Virgen María, nuestra Madre, que también experimentó la falta de cobijo en el preciso momento en el que estaba a punto de dar a su Hijo al mundo, ayude a la Iglesia a ser signo e instrumento de unidad de las culturas y de las naciones en una única familia.

Con mi afecto y bendición,

† Antonio M^a Rouco Varela
Cardenal Arzobispo de Madrid

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

CURIA DIOCESANA:

Vicario Episcopal para Relaciones y Actos Públicos: Ilmo Sr. D. Antonio Astillero Bastante, renovación ad nutum Episcopi (9-09-2003).

Vicario Episcopal para el Clero: Ilmo. Sr. D. Justo Bermejo del Pozo, renovación ad nutum Episcopi (9-09-2003).

Vicario Episcopal de la Vicaría I-Norte: Ilmo. Sr. D. José María Bravo Navalpotro, renovación ad nutum Episcopi (9-09-2003).

Vicario Episcopal de la Vicaría II-Nordeste: Ilmo. Sr. D. Luis Domingo Gutiérrez, renovación ad nutum Episcopi (9-09-2003).

Vicario Episcopal de la Vicaría IV-Sureste: Ilmo. Sr. D. Ángel Matesanz Rodrigo, renovación ad nutum Episcopi (9-09-2003).

Delegado Diocesano para el Año Compostelano 2004: Ilmo. Sr. D. Joaquín Martín Abad (9-09-2003).

TRIBUNAL ECLESIAÍSTICO:

Notario-Actuario: D. Francisco Javier González González y D. Javier Sánchez-Cervera de los Santos (1-09-2003).

PÁRROCOS:

De Robledo de Chavela y Valdemaqueda: D. Santiago Yabar Armendáriz (15-07-2003).

De Santas Perpetua y Felicidad: P. José Félix Echarri Sanz de Galdeano, O.A.R (15-07-2003).

De Lozoyuela, Sieteiglesias, El Cuadrón y Garganta de los Montes: D. Carlos Alberto Palacios Salinas (9-09-2003).

De Ntra. Sra. de Luján: D. Pablo Fernández Sánchez (9-09-2003).

De Santa María del Val: D. Pedro Payo Payo (9-09-2003).

De San Víctor: P. Miguel Díaz Sada, SS.CC (9-09-2003).

De San Miguel Arcángel de Las Rozas: D. Jesús González Alemany (9-09-2003).

De San Juan Bautista de la Concepción: P. Isidoro Murciego Murciego, O.SS.T. (16-09-2003).

De Ntra. Sra. de Aluche: P. José Luis Gallo Ceballos, Sch. P. (16-09-2003).

De San Alberto Magno: D. José Luis Añón Granizo (16-09-2003).

De San Miguel Arcángel de la Hiruela: P. Giuseppe Norelli Chiodi S.C., (26-09-2003).

De Santa Mónica: P. José Manuel Tajadura Martínez, O.A.R. (26-09-2003).

De San Lucas de Villanueva del Pardillo: D. Gabriel Comas Bauça (26-09-2003).

De Santa María de Cervellón: P. José Avilés González, O. de M. (26-09-2003).

De Nuestra Señora de Loreto: P. Juan Antonio González Espejel, O.A.R. (30-09-2003).

VICARIOS PARROQUIALES:

De Dulce Nombre de María: P. Ángel Macho, A.A., (1-7-2003).

De Santas Perpetua y Felicidad: P. Jesús Sobejano Naturana, O.A.R (15-07-2003).

De Robledo de Chavela y Valdemaqueda: D. Francisco José Aguilera Marín (15-07-2003).

De Nuestra Sra. del Encuentro: D. Pablo de Nicolás Cuadrado (15-07-2003).

De Santo Domingo de Guzmán: D. Oscar García Aguado (15-07-2003).

De Ntra. Sra. de las Américas: D. Carlos Mario Toro Bedoya, Verbum Dei (9-09-2003).

De San Agustín, de Alcobendas: D. Leonel Valentín Olivares, Siervo de Jesús (9-09-2003).

De San Matías: P. Antonio Molina Salmerón, O.M (9-09-2003).
De Cristo Salvador: P. Teófilo Ordóñez Cascajares, C.M (9-09-2003).
De San Francisco de Borja: P. Fernando Castellá Puig, S.J (9-09-2003).
De San Roberto Belarmino: P. José Mazuelas Morilla, O.M (9-09-2003).
De Robledondo y Santa María de la Alameda: D. Sergio Frades Esteban, O.R.C. (9-09-2003).
De Beato Manuel Domingo y Sol de Majadahonda: D. Esteban Díaz Merchán, (9-09-2003).
De Ntra. Sra. de las Nieves: D. Juan Francisco Morán Bustos (9-09-2003).
De San Alberto Magno: D. José Damián Budía Pérez (16-09-2003).
De Santa Catalina, de Majadahoda: D. David Benítez Alonso (16-09-2003).
De Ntra. Sra. de Aluche: P. Iván Ruiz Cortizo, Sch. P. (16-09-2003).
 P. Daniel Varona González, Sch.P. (16-09-2003).
De San Nicolás, Parroquia «personal italiana»: P.Javier M^a Badillo Martín, O.S.M., (26-09-2003).
De Cristo del Olviar: P. Carlos Colmenarejo Prieto, O.P., (26-09-2003).
De Nuestra Señora de la Soledad: P. Isidro Rojas Tamayo O.A.R., (26-09-2003).
De Nuestra Señora del Consuelo: P. Pedro del Saz Carrasco, C.R.S., (26-09-2003).
De San Antonio de la Florida: D. José María Martín Martín (26-09-2003).
De Santa Eulalia de Mérida: P. Adolfo García Fernández, C.A.M., (26-09-2003).
De San Ambrosio: D. Ángel Arrabal González (26-09-2003).
De San Joaquín: P. Francisco Javier Altuna Peña, S.C., (26-09-2003).
De Santa Mónica: P. Francisco Eduardo Mayor Guerra, O.A.R., (26-09-2003).
De Santa María de Cervellón: P. José Luis Tesouro García, O. de M., (26-09-2003).
De la Inmaculada Corazón de María: P. Francisco Javier Goñi Echevarría, C.M.F., (30-09-2003).

ADSCRITOS:

A Ntra. Sra. de las Nieves: D. Carlos Manuel Morán Bustos (9-09-2003).
A Beato Manuel Domingo y Sol de Majadahonda: D. José Ayllón Hidalgo, (9-09-2003).

OTROS OFICIOS:

Secretario General de la Facultad de Teología ‘San Dámaso’: D. José María Magaz Fernández, por cuatro años, (1-07-2003).

Administrador de la Facultad de Teología ‘San Dámaso’: D. Miguel Ángel Turmo Sanz (30-06-2003).

Coordinador de Pastoral Vocacional de la Vicaría I Norte: D. Fernando Antonio Martínez García, (15-07-2003).

Capellán Mayor de la Congregación de San Pedro Apóstol: M. I. Sr. D. Jesús Junquera Prats (5-09-2003).

Rector del Oratorio de la calle Juan de Austria, nº 9: D. Juan Carlos Carvajal Blanco (5-09-2003).

Capellán de la Residencia de Mayores de C.A.M. "Ntra. Sra. del Carmen": D. Miguel Ángel Porcel Rivero (9-09-2003).

Capellán del Hospital de la Princesa: D. Andrés Machín del Castillo (9-09-2003).

Capellán del Real Monasterio de la Encarnación: D. Bernardo Santos Sedano (16-09-2003).

Capellán de la Residencia de Ancianos "Vallecas": D. Alberto Nafarrate Sasaeta (16-09-2003).

Vicario de la Iglesia del Espíritu Santo: D. Javier Cremades Sanz-Pastor (30-09-2003).

SAGRADAS ÓRDENES

El día 6 de septiembre de 2003, el Excmo. y Rvdmo. Sr. D. Alberto Iniesta Jiménez, Obispo Auxiliar Emérito de Madrid, con licencia del Emmo. y Rvdo. Sr. Cardenal Arzobispo, confirió, en la Parroquia de San Antonio del Retiro, el Sagrado Orden del Presbiterado al **Rvdo. P. Víctor Manuel Alcalde Quintana, O.F.M.**

DEFUNCIONES

- El día 19 de agosto de 2003, D. NARCISO POYO VELASCO, hermano del sacerdote D. Domingo Poyo Velasco, Capellán de la Gran Residencia de Carabanchel.

- El día 22 de septiembre de 2003, D. ALFREDO MARTÍN BLANQUE, padre del Ilmo. Sr. D. Joaquín Martín Abad, Vicario Episcopal para la Vida Consagrada, canónigo de la S.I. Catedral de Madrid y Capellán del Real Monasterio de la Encarnación.

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.

ACTIVIDADES DEL SR. CARDENAL SEPTIEMBRE 2003

Día 9: Consejo Episcopal.

Reunión con los formadores del Seminario Conciliar de Madrid en Los Molinos.

Día 10: Misa de inicio de curso en la Cripta de la Catedral.

Consejo de Economía en la CEE.

Día 11: Comité Ejecutivo de la CEE.

Día 12: Reunión de la Provincia Eclesiástica de Madrid.

Día 13: Misa con las Cruzadas de Santa María, en el Colegio Ntra. Sra de las Delicias.

Día 14: Inauguración del convento de las Religiosas del Sagrado Corazón de Robledo de Chavela.

Día 16: Consejo Episcopal.

Conferencia en el Club Zayas con título: «La cuestión crucial de la familia en el futuro de Europa».

Día 17: Retiro de sacerdotes de la Vicaría I.

Clausura en El Escorial de las Jornadas de las Causas de los Santos.

Día 18: Retiro de sacerdotes de la Vicaría VIII.

Inauguración en Burgos del Congreso Nacional de Misiones.

Día 19: Visita pastoral al arciprestazgo del Sagrado Corazón.

Día 20: Consagración de la parroquia María Virgen Madre.

Día 21: Clausura del Congreso Nacional de Misiones.

Día 22: Tertulia/charla en el Club Manzanares (c/ San Justo, 1).

Días 23-24-25: Comisión Permanente de la CEE.

Día 26: Consejo Episcopal.

Misa de acción de gracias por la Madre Genoveva Torres, en la parroquia del Buen Suceso.

Día 27: Toma de posesión de Mons. Juan José Asenjo, en Córdoba.

Día 28: Misa y encuentro con los matrimonios de los Equipos de Nuestra Señora, en la apertura de su Congreso Nacional, en el Palacio de Congresos del Paseo de la Castellana.

Día 29: Misa y encuentro con el equipo de Regnum Christi.

Día 30: Acto de veneración a la Virgen de la Almudena de la Guardia Civil en la Catedral de la Almudena.

Consejo Episcopal.

Reunión del Museo Cerralbo.



Diócesis de Alcalá de Henares

SR. OBISPO

150 ANIVERSARIO DE FUNDACIÓN DE LA “HERMANDAD DEL SANTÍSIMO CRISTO DEL SUDOR”

(Valdeavero, 14 Septiembre 2003)

Lecturas: *Nm* 21, 4-9; *Flp* 2, 6-11; *Jn* 3, 13-17

1. En el marco de la fiesta de la Exaltación de la Cruz y de la celebración del Ciento cincuenta Aniversario de la fundación de la “Hermandad del Santísimo Cristo del Sudor” en Valdeavero, nos reunimos para dar gracias a Dios y festejar esta efeméride.

La Palabra de Dios, proclamada en la liturgia actual, nos invita a reflexionar sobre el significado de la Cruz de Cristo. El libro de los Números nos ha narrado la protesta del pueblo de Israel en el desierto contra Dios y contra Moisés, después de haber sido liberados de la esclavitud de Egipto. El pueblo sufrió un ataque de serpientes venenosas y murió mucha gente de Israel (cf. *Nm* 21,5-6). Rebelarse contra Dios es rechazar su vida y la salvación que ofrece; rebelarse contra Dios es optar por la muerte.

La imagen de la serpiente aparece en momentos especiales de la historia del pueblo de Israel. La serpiente encarna dos tentaciones: En primer lugar el orgullo, es decir, no aceptar la condición de criatura y querer ocupar el lugar de Dios. La serpiente le dice a Eva para tentarle: «Seréis como dioses» (*Gn* 3,5).

La segunda tentación va unida a la anterior y se expresa en querer ser autónomos; en no aceptar otra norma de vida que la propia voluntad; en erigirse en autosuficientes; en pensar que la libertad humana consiste en actuar en total independencia de Dios creador.

2. Nuestros primeros padres, Adán y Eva, sucumbieron a esas tentaciones de la serpiente. El pueblo de Israel sucumbió. También nosotros sucumbimos muchas veces a ambas tentaciones, que son para nosotros mordeduras venenosas y mortales. Los hombres de nuestra sociedad pretenden ocupar el lugar de Dios, rebelándose contra Él y creyéndose pequeños dioses. Les gusta jugar con la vida, manipulándola; aíslan el acto humano generador de vida, separándolo del amor; promulgan leyes que favorecen relaciones humanas antinaturales e inmorales, en detrimento de la familia como comunidad conyugal de vida y amor; de este modo pretenden erigirse en árbitros del bien y del mal, tal como la serpiente instigaba a Eva. La gran tentación del hombre es creerse autónomo y desvinculado de su Creador; pensar que puede hacerlo todo con su inteligencia; imaginar que todo lo físicamente posible es moralmente realizable; endiosarse y colocarse sobre un pedestal, para que se le adore. Todas estas tentaciones llevan al hombre a la muerte; son mordeduras venenosas y mortales.

3. En esta fiesta litúrgica de la Exaltación de la santa Cruz, contemplamos a Jesús de Nazaret clavado en la cruz. Nos ayuda a ello, de manera plástica, la hermosa y artística talla de madera, situada en lugar preeminente en el presbiterio. Este Jesús de Nazaret vivió en Galilea actuando de forma totalmente distinta a como suelen actuar los hombres, sin sucumbir a las tentaciones.

En primer lugar, siendo Dios se hizo hombre y «se despojó de sí mismo tomando la condición de siervo, haciéndose semejante a los hombres y apareciendo en su porte como hombre; y se humilló a sí mismo, obedeciendo hasta la muerte y muerte de cruz» (*Flp* 2,7-8). Asumiendo una situación infinitamente inferior a su rango, mantuvo la actitud contraria a la del orgullo humano, que anhela ser lo que no es y poseer lo que no tiene. Su vida fue siempre una escucha atenta y obediente de la voluntad de Dios-Padre, llevándola a cumplimiento hasta la perfección. Con esa actitud venció las tentaciones del diablo y superó la muerte.

La carta a los Filipenses nos exhorta a vivir y tener «los mismos sentimientos que Cristo» (*Flp* 2,5); a aceptar nuestra condición de criaturas; a superar las tentaciones de creernos lo que no somos; a no endiosarnos; a imitar a Jesucristo en

su obediencia al Padre; a reproducir en nosotros la imagen del Hijo; a injertarnos en Él para gozar de la vida que nos ofrece.

4. La salvación de Dios no exime del dolor, ni de la enfermedad, ni siquiera de la muerte, porque todo ello es consecuencia del pecado. A veces le pedimos a Dios que nos quite el sufrimiento, las enfermedades y la misma muerte. La salvación que Cristo nos trae nos ayuda a superar esas cosas, aún pasando por ellas. Tampoco Dios no perdonó a su propio Hijo (cf. *Rm* 8, 32), sino que lo hizo pasar por la ignominia y por la muerte. La salvación consiste en vencer la raíz de mal, que es el pecado. Cristo, muriendo en la cruz, ha vencido el pecado y la muerte y nos invita a participar de su victoria. Cristo vence la raíz del mal y de este modo vence las consecuencias del mismo.

El Árbol de la cruz (cf. *Jn* 19,17-15), contrastado con el árbol del pecado (cf. *Gn* 3,1-7), nos trajo la vida. Hoy contemplamos a Cristo en la cruz y celebramos su exaltación. La contemplación de la serpiente de bronce, hecha por Moisés y colocada en lo alto de un mástil, ofrecía la curación al que era mordido por las serpientes venenosas (cf. *Nm* 21, 8-9). Esa serpiente de bronce es signo Cristo clavado en la Cruz, el “Árbol de la vida”, que atrae las miradas de todos los hombres, como dice el evangelista Juan: «Mirarán al que traspasaron» (*Jn* 19, 37).

Tenemos necesidad de “contemplar” a Cristo, único salvador de la humanidad. Contemplando al Crucificado aprendemos a aceptar el sufrimiento; aprendemos a obedecer la voluntad de Dios; aprendemos a perdonar a quienes nos ofenden, incluso a nuestros enemigos; aprendemos a ser humildes y sencillos; aprendemos a dominar nuestro orgullo y nuestro afán de suficiencia. ¡Contemplemos a Cristo en la Cruz, para aprender de Él!

5. El pueblo de Valdeavero celebra hoy, con gran gozo, el Ciento cincuenta Aniversario de la fundación de la “Hermandad del Santísimo Cristo del Sudor”. Es éste un motivo de alegría y de acción de gracias a Dios por estos largos años, en los que los valdeavereños habéis mantenido la fe en Jesucristo y habéis solemnizado la fiesta de la Exaltación de la Cruz, bajo la advocación del Santísimo Cristo del Sudor.

La devoción en Valdeavero al Cristo del Sudor se remonta al siglo XVII. La Hermandad, sin embargo, se fundó a mediados del siglo XIX, concretamente en septiembre de 1852, con dos objetivos fundamentales: El primero de ellos era promover la devoción y el culto al Santísimo Cristo y solemnizar su Fiesta; en segundo

lugar se pretendía ayudar a los cofrades necesitados en diversas circunstancias, sobre todo en momentos de enfermedad y de la muerte. Después de los avatares de la persecución religiosa en España la Hermandad se re-organiza en 1939.

Es bueno cultivar las tradiciones religiosas, pero hay que acrisolarlas a la luz de la fe cristiana y con el fuego del amor divino. La devoción al Santísimo Cristo debe ayudarnos a participar con más frecuencia en la celebración eucarística, “centro y culmen de toda vida cristiana” (*Lumen gentium* 11); a tener presente las necesidades de nuestros hermanos; a dar testimonio más auténtico de nuestra fe; a transmitir a las nuevas generaciones la fe y el amor a Jesucristo, redentor de la humanidad.

6. Cristo es el “Árbol de la vida” en el que hunde sus raíces la fe del cristiano; raíces que han de crecer y profundizar cada día más. Gran parte de los hombres de la sociedad actual son “personas religiosas”: algunos creen en Dios y viven a su modo la religión; otros dicen creer en el más allá, pero sin repercusión en sus vidas; sólo unos pocos creen en Jesucristo, Hijo de Dios, e intentan vivir en la Iglesia que Él fundó. Ser cristiano implica vivir como Jesús nos enseña; supone aceptar al Cristo total, cabeza y miembros; entraña reconocer a la Iglesia como prolongación de la misión de Cristo.

La fiesta del Santísimo Cristo del Sudor nos invita a profundizar nuestras raíces cristianas; a purificar nuestra religiosidad de adherencias profanas; a depurarla de expresiones religiosas no-cristianas.

El pueblo de Israel se arrepintió de su pecado (cf. *Nm* 21,7) y pidió a Moisés que intercediera por él, para quedar salvo. También nosotros necesitamos de conversión y pedimos perdón al Señor por nuestros pecados, rogándole que cambie nuestro corazón y purifique nuestras formas de religiosidad.

7. Estimados hijos de Valdeavero y queridos cofrades, en esta celebración del Ciento cincuenta Aniversario de la fundación de la “Hermandad Santísimo Cristo del Sudor” se nos invita a tener un especial encuentro con Él, que cambie nuestras vidas. Nos ofrece además la posibilidad de encontrarlo en cada eucaristía. ¿Qué le pedís cuando os acercáis a Él? ¿Qué buscáis en Él? ¿Por qué motivos acudís a Él? No le pidáis solamente por vuestras necesidades materiales, que Él ya conoce de sobra antes de que habléis. Buscad, más bien, el Reino de Dios y su justicia «y todas esas cosas se os darán por añadidura» (*Mt* 6,33).

Jesús de Nazaret, al que hoy contemplamos en la cruz, es el Cristo, que carga con nuestras enfermedades y dolencias (cf. *Mt* 8, 17); que perdona nuestros pecados (cf. *1 Pe* 2, 24) y nos trae la salvación (cf. *1 Co* 15, 22). Es el Dios de la Vida (cf. *Jn* 1, 1-4), que eleva al hombre a la dignidad de hijo de Dios; es el Dios humanado, primogénito de la humanidad (cf. *Col* 1, 5-18), que se acerca a los hombres para llevarlos a Dios.

¡Contemplad al Santísimo Cristo del Sudor, que nos trae la salud plena y nos devuelve la imagen nítida de lo que es ser hombre! ¡Imitad a Cristo en vuestra vida y reproducid en vosotros su imagen, teniendo los mismos sentimientos que Él! Estimados hijos de Valdeavero, Cofrades del Cristo y fieles todos, ¡vivid cada día en mayor sintonía con Jesucristo, imitándole en todo! ¡Que la Virgen María nos ayude a reproducir en nosotros la imagen de su Santísimo Hijo! Amén.

BODA DE PABLO SENABRE Y AMPARO CATALÁ

(Parroquia de San Andrés - Valencia, 20 Septiembre 2003)

Lecturas: *Dt* 4,35-40; *Rm* 8,31-35.37-39; *Jn* 15,16-17.

1. La historia de salvación, que Dios ha realizado hasta ahora en vosotros, estimados Pablo y Amparo, quiere llevarla a cabo hasta el final de vuestras vidas. Hasta ahora ha estado vinculada fundamentalmente a vuestros padres: A través de ellos habéis conocido, en la Iglesia, el amor de Dios Padre manifestado en Cristo Jesús (cf. *Rm* 8,39). Agradecedles el que os hayan transmitido la fe de la Iglesia. Ellos os han dado los dos mejores regalos que habéis recibido: la vida, en primer lugar; y después, la fe en Cristo otorgada en el bautismo.

Hoy es un hito importante en vuestra historia de salvación, porque vais a comenzar un camino juntos. La historia individual de amor personal con cada uno de vosotros, que Dios comenzó en vuestro bautismo, la va a continuar ahora unida a la historia del otro.

2. El Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo es el único y verdadero Dios. El testimonio de vuestros padres y demás creyentes, la actitud cristiana de las comunidades neo-catecumenales a las que pertenecéis y, en fin, la maternidad de la Iglesia os ha llevado a percibir y a profesar al Dios de Jesús de Nazaret. Como dice el libro del Deuteronomio: «A ti se te ha dado ver todo esto, para que sepas que el Señor es el verdadero Dios y que no hay otro fuera de él» (*Dt* 4,35).

Vosotros habéis realizado un proceso personal de fe, asimilando la Palabra de Dios y permitiendo que posara en vuestro corazón para dar buen fruto. Habéis abierto vuestros oídos a esa Palabra: «Desde el cielo te ha hecho oír su voz para instruirte, y en la tierra te ha mostrado su gran fuego, y de en medio del fuego has oído sus palabras» (*Dt 4,36*).

3. Habéis experimentado el amor de Dios en los avatares de la vida y de la historia, tanto universal como particular. Habéis oído muchas veces las gestas salvíficas que Dios hizo al pueblo de Israel, como nos ha recordado el Deuteronomio: «Porque amó a tus padres y eligió a su descendencia después de ellos, te sacó de Egipto personalmente con su gran fuerza, desalojó ante ti naciones más numerosas y fuertes que tú, te introdujo en su tierra y te la dio en herencia, como la tienes hoy» (*Dt 4,37-38*).

Pero habéis experimentado también en vuestra propia vida las gestas de salvación, que Dios ha operado en cada uno de vosotros, sacándoos de la esclavitud del pecado y dándoos la libertad de los hijos de Dios; venciendo el poder del maligno y obteniendo para vosotros la victoria de la cruz; transformando vuestra vida dándoos en herencia la adopción filial. ¡Gozad del amor que Dios os tiene! ¡Compartidlo con el otro! ¡Afianzad vuestro amor humano en el amor de Dios! ¡Guardad los mandamientos que el Señor nos ha dado, «para que seas feliz, tú y tus hijos después de ti, y prolongues tus días en el suelo que el Señor tu Dios te da para siempre»! (cf. *Dt 4,40*).

4. Dios no se deja ganar en generosidad. Por el gran amor con que nos amó, nos entregó a su Hijo querido. Como hemos oído en la carta a los Romanos: «¿Quién nos separará del amor de Cristo? ¿La tribulación?, ¿la angustia?, ¿la persecución?, ¿el hambre?, ¿la desnudez?, ¿los peligros?, ¿la espada? En todo esto salimos vencedores gracias a aquel que nos amó» (*Rm 8,35.37*).

¡Vivid el amor de Cristo, sabiendo que nada ni nadie os puede separar de él! ¡Poned como cimiento de vuestro matrimonio el amor de Cristo! Sólo él os puede asegurar la constancia en la entrega mutua, el gozo en el darse y la superación de las dificultades que encontraréis en vuestro camino.

5. Estimados Amparo y Pablo, estáis llamados no sólo a vivir el amor de Dios, sino también a ser testigos de ese mismo amor. Desde hoy unís vuestras vidas ante Dios, para ser sus testigos entre los hombres. El amor de Cristo a su Iglesia

queda manifestado mediante el amor del esposo a su esposa: «Por eso dejará el hombre a su padre y a su madre y se unirá a su mujer, y los dos se harán una sola carne. Gran misterio es éste, que yo lo refiero a Cristo y su Iglesia» (Ef 5,31-32).

Nuestra sociedad necesita testigos que proclamen a los cuatro vientos, que el amor humano es posible y que puede durar toda la vida. Hacen falta matrimonios cristianos que vivan con alegría la entrega mutua; que vivan con ilusión la monótona cotidianidad; que sepan aceptarse y perdonarse mutuamente; que sean generosos y estén abiertos a las nuevas vidas, que el Señor les regale; que favorezcan un ambiente propicio, para el crecimiento armónico e integral de los hijos; que hagan de sus hogares santuarios de fe cristiana, donde se adore a Dios.

Estos son los frutos que el Señor espera de vosotros. Él os ha elegido y os destinado para que «para que vayáis y deis fruto, y que vuestro fruto permanezca» (Jn 15,16). Obtendréis estos frutos, si os amáis mutuamente, obedeciendo el mandato del Señor: «Lo que os mando es que os améis los unos a los otros» (Jn 15,17).

6. El amor conyugal es eminentemente humano, ya que va de persona a persona con el afecto de la voluntad, abarca el bien de toda la persona y es capaz de enriquecer y ennoblecer con una dignidad especial las manifestaciones de afecto. El Señor ha sanado el amor conyugal, perfeccionándolo y elevándolo con el don especial de la gracia y la caridad. “Un tal amor, asociando a la vez lo humano y lo divino, lleva a los esposos a un don libre y mutuo de sí mismos, comprobado por sentimientos y actos de ternura, e impregna toda su vida; más aún, por su misma generosa actividad crece y se perfecciona” (*Gaudium et spes*, 49).

El encuentro entre dos personas resulta enriquecedor, en sentido humano; vuestro encuentro personal os ha ayudado a crecer como personas. El Señor os invita hoy a que forméis una auténtica comunidad de vida y amor. Como dice el Papa Juan Pablo II, la primera tarea de todos los esposos cristianos consiste en “vivir fielmente la realidad de la comunión en el empeño constante de desarrollar una auténtica comunidad de personas” (Juan Pablo II, *Familiaris consortio*, 18).

Al igual que la vida cristiana requiere una continua conversión, del mismo modo la vida matrimonial exige que los esposos realicen un constante esfuerzo para ahondar en la propia comunión conyugal. El fruto del amor fiel es la comunión íntima de las mentes y de los corazones. Pedimos al Señor que os conceda la comunión profunda entre vosotros y con Él.

7. El Señor nos advirtió: «En el mundo tendréis tribulación. Pero ¡ánimo!: yo he vencido al mundo» (*Jn* 16,33). Cristo ha vencido el mal y el pecado del mundo; con su amor ha sido capaz de transformar las relaciones del hombre con Dios, consigo mismo y con el prójimo. Ciertamente vais a encontrar dificultades en vuestro camino y vais a pasar por pruebas, que pueden empañar la paz en vuestro corazón. Pero no os preocupéis: «Fiel es Dios que no permitirá que seáis tentados sobre vuestras fuerzas. Antes bien, con la tentación os dará el modo de poderla resistir con éxito» (*1 Co* 10,13). ¡Confíad, pues, en el Señor y poned en él vuestro corazón!

8. Queridos Pablo y Amparo, Cristo os ayudará a mantener firme y constante vuestro amor. Si el encuentro con una persona enriquece y humaniza, el encuentro con Jesucristo sana y diviniza. En los Evangelios vemos el gran cambio operado en tantas personas, que se han encontrado con Jesucristo. Este sacramento que estamos celebrando es un encuentro con Él; tras este encuentro debemos salir todos transformados, sobre todo vosotros, futuros esposos.

“El amor de Cristo en la cruz ha superado las divisiones causadas por el pecado, y el amor matrimonial, que ha sido ennoblecido en el matrimonio cristiano, participa de la potencia del amor unificante de Cristo” (Juan Pablo II, *Homilía* en la misa para los jóvenes en Nairobi y la celebración de matrimonios, 7, Nairobi (Kenya, 17.VIII.1985).

Dejaos transformar por ese amor de Cristo. “El Espíritu Santo, Espíritu de verdad y amor, desciende sobre los esposos de un modo particular en el sacramento, y les ayuda a superar las imperfecciones y los egoísmos personales y a alcanzar una mayor comunión en Cristo” (Juan Pablo II, *Homilía* en la Misa para los jóvenes en Nairobi y la celebración de matrimonios, 7, Nairobi -Kenya, 17.VIII.1985).

9. Avui donem gràcies a Déu, perquè vos ha cridat a viure la excel·lent vocació a la vida matrimonial. Li demanem que vos beneixca i vos done la seva gràcia, per a que vos mantingau en la fidelitat a ell i a vosaltres.

¡Que Déu vos concedeixca participar del seu amor y gaudir sempre de la seva companyia! La Verge Maria, la nostra Mare, la Mare de Déu del Desamparats, la teva Patrona, estimada Amparo, intercedeixca per tots nosaltres, per a que apleguem a comprendre el misteri insondable del amor de Déu y les riqueses que té preparades per a tots aquells que l'estimen (cf. *1 Co* 2,9). Amén.

FIESTA DE LA VIRGEN DEL VAL

(Ermita de la Virgen del Val - Alcalá, 21 Septiembre 2002)

Lecturas: *Hch* 2,14.36-42; *Sal* 33,2-9; *Jn* 12,44-50.

1. El Santo Padre Juan Pablo II tuvo a bien proclamar un Año Santo dedicado al Rosario, que termina el próximo mes de octubre. En su carta apostólica *Rosarium Virginis Mariae* nos ofrecía la meditación de los misterios tradicionales del Santo Rosario y presentaba a la consideración de todos los cristianos los misterios llamados “luminosos” de la vida de Cristo: “Pasando de la infancia y de la vida de Nazaret a la vida pública de Jesús, la contemplación nos lleva a los misterios que se pueden llamar de manera especial «misterios de luz». En realidad, *todo el misterio de Cristo es luz*. Él es «la luz del mundo» (*Jn* 8, 12). Pero esta dimensión se manifiesta sobre todo *en los años de la vida pública*, cuando anuncia el evangelio del Reino. Deseando indicar a la comunidad cristiana cinco momentos significativos –misterios «luminosos»– de esta fase de la vida de Cristo, pienso que se pueden señalar: 1. Su Bautismo en el Jordán; 2. Su autorrevelación en las bodas de Caná; 3. Su anuncio del Reino de Dios invitando a la conversión; 4. Su Transfiguración; 5. La institución de la Eucaristía, expresión sacramental del misterio pascual” (Juan Pablo II, *Rosarium Virginis Mariae*, 21).

2. Respecto a la oración del Santo Rosario, otro gran Papa de nuestra época, Pablo VI, nos comentaba: «Oración evangélica centrada en el misterio de la Encarnación redentora, el Rosario es, pues, oración de orientación profundamente

cristológica. En efecto, su elemento más característico –la repetición litánica del «Dios te salve, María»– se convierte también en alabanza constante a Cristo, término último del anuncio del Ángel y del saludo de la Madre del Bautista: «Bendito el fruto de tu seno» (*Lc* 1,42). Diremos más: la repetición del *Ave Maria* constituye el tejido sobre el cual se desarrolla la contemplación de los misterios: el Jesús que toda Ave María recuerda es el mismo que la sucesión de los misterios nos propone una y otra vez como Hijo de Dios y de la Virgen”. (Pablo VI, *Marialis cultus*, 46: AAS 66 (1974), 155).

Hoy, en esta fiesta de la Virgen del Val, quiero invitar una vez más a todos los fieles a rezar con frecuencia esta hermosa plegaria mariana y cristológica, a la vez. Os lo digo con las mismas palabras del Papa Juan Pablo II: “Pienso en todos vosotros, hermanos y hermanas de toda condición, en vosotras, familias cristianas, en vosotros, enfermos y ancianos, en vosotros, jóvenes: tomad con confianza entre las manos el Rosario, descubriéndolo de nuevo a la luz de la Escritura, en armonía con la Liturgia y en el contexto de la vida cotidiana” (Juan Pablo II, *Rosarium Virginis Mariae* 43).

En esta celebración de la Virgen del Val, partiendo de los misterios luminosos, vamos a contemplar a María como fuente de luz, como Madre del Sol invicto.

3. San Juan, en el Prólogo de su Evangelio, nos dice, refiriéndose a Cristo: «Yo, la luz, he venido al mundo para que todo el que crea en mí no siga en las tinieblas» (*Jn* 12,46). Cristo es la Palabra eterna del Padre; el Verbo del Padre, que se encarna entre los hombres; el Unigénito, que toma la condición de esclavo, siendo dueño y Señor, y nos trae la vida y la luz de Dios Trino. En esa Palabra encarnada del Padre «estaba la vida y la vida era la luz de los hombres» (*Jn* 1,4): una luz, que ha venido a la tierra para iluminar al hombre; una luz, que ha brillado en las tinieblas, en las que viven los hombres; y una luz, que ha vencido esas mismas tinieblas (cf. *Jn* 1,4-5). Cristo es la luz de Dios, que brilla en medio de las tinieblas y que alumbr a todo hombre que viene a este mundo. Cristo es la Palabra eterna del Padre, «la Palabra era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo» (*Jn* 1,9).

4. Queridos hermanos, ¿queréis dejaros iluminar por la luz de Jesucristo? Esa luz que vino a este mundo tiene una lucha con las tinieblas. El mundo no ha aceptado a Cristo. El mismo San Juan sigue hablándonos del rechazo de esta Luz, y nos dice: «En el mundo estaba, y el mundo fue hecho por ella, y el mundo no la

conoció. Vino a su casa, y los suyos no la recibieron» (*Jn* 1,10-11). ¡Que no se diga de nosotros que rechazamos a la luz, a Cristo! Abramos nuestros corazones, como lo hizo la Virgen María, para que ilumine todo nuestro interior y nuestra alma.

5. ¿Qué sucede a los que acogen a Cristo, Luz del mundo? Sigue San Juan comentando en su Evangelio: «Pero a todos los que la recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios, a los que creen en su nombre» (*Jn* 1,12). Somos hechos hijos de la luz en nuestro bautismo. “Misterio de luz es ante todo el Bautismo en el Jordán. En él, mientras Cristo, como inocente que se hace ‘pecado’ por nosotros (cf. *2 Co* 5, 21), entra en el agua del río, el cielo se abre y la voz del Padre lo proclama Hijo predilecto (cf. *Mt* 3, 17 par.), y el Espíritu desciende sobre Él para investirlo de la misión que le espera” (Juan Pablo II, *Rosarium Virginis Mariae* 21).

El bautismo es descrito también como “Iluminación”. Cuando nos bautizan, se nos regala la fe; se nos regala la luz de Cristo, que ilumina nuestro corazón. Por el bautismo somos hechos hijos de Dios, pero somos iluminados por su gracia y su presencia. Todos los bautizados hemos sido iluminados por la luz de Jesucristo; por ese Sol que la Virgen tuvo en su seno.

6. Si queremos ser fieles a nuestro bautismo y consecuentes con lo recibido en él, nuestros ojos han de mirar las cosas con la luz de la fe. Nuestros ojos han de estar iluminados por la luz de la fe, como lo estuvieron los ojos de María. Toda nuestra persona, nuestro corazón y nuestra alma, ha de quedar inundada por la luz de Jesucristo. En nuestra vida no puede ocurrir lo que ocurre en el mundo, en el que unos aceptan la luz y otros quieren permanecer en tinieblas. ¡Los devotos de María no deben permanecer en las tinieblas! ¡Dejaos iluminar por la luz que ella ha traído al mundo!

7. Juan Bautista, el que bautizó a Jesús en el Jordán, dio testimonio de la misma luz, «vino para un testimonio, para dar testimonio de la luz, para que todos creyeran por él, no era él la luz, sino quien debía dar testimonio de la luz» (*Jn* 1,6-8). No somos tampoco nosotros luz; somos testigos de la luz, que nos ilumina. No fue María luz; la Virgen del Val es fuente de luz; es fuente de vida, pero no es la luz; la luz es Cristo. No somos luz; no queramos ser tan pretenciosos; podemos ser, si queremos, hijos de la luz y testigos de la misma, como lo fue la Virgen. ¡Pidámosle a Ella, en esta fiesta suya, que nos ayude a ser fuente de luz; o mejor, testigos de la luz, como lo fue Ella!

8. El libro de los Hechos nos ha presentado el discurso de Pedro el día de Pentecostés, en el que invita a todos los presentes a acoger en su corazón a Cristo, el Salvador del mundo: «Sepa, pues, con certeza toda la casa de Israel que Dios ha constituido Señor y Cristo a este Jesús a quien vosotros habéis crucificado» (*Hch* 2,36). Los presentes, con el corazón compungido preguntan a Pedro y a los demás apóstoles que deben hacer para salvarse (cf. *Hch* 2,37), y la respuesta de los apóstoles fue: «Convertios y que cada uno de vosotros se haga bautizar en el nombre de Jesucristo, para remisión de vuestros pecados; y recibiréis el don del Espíritu Santo» (*Hch* 2,38).

También hoy San Pedro nos exhorta a la conversión del corazón y a que acojamos en nuestro interior al Señor Jesús. Todos tenemos necesidad de conversión, de una auténtica conversión; de renunciar a las tinieblas de nuestros egoísmos; de pedir perdón de nuestros pecados; de volver nuestra mirada al Señor que salva.

La Virgen del Val supo aceptar a Cristo como a su Dios y Señor; lo acogió en su corazón; lo recibió en su propio seno y nos lo regaló como luz del mundo. ¡Pidámosle a María que nos ayude a acercarnos a su Hijo Jesús, para poder gozar de su luz, de su compañía y de su amor!

9. Los primeros cristianos llevaban una vida que se distinguía de la de los demás, de los no cristianos e incluso de los no creyentes; dice el texto de los Hechos: «Acudían asiduamente a la enseñanza de los apóstoles, a la comunión, a la fracción del pan y a las oraciones» (*Hch* 2,42). Estas acciones caracterizaban a los cristianos.

Los devotos de la Virgen del Val deben vivir según este estilo. La devoción a María debe ayudarnos a ser mejores cristianos; a ser auténticos testigos del Evangelio; a seguir las huellas de Cristo; a profundizar nuestras raíces cristianas; a purificar nuestra religiosidad de adherencias profanas y a depurarla de expresiones religiosas no-cristianas.

En nuestra sociedad existen diversas formas de religiosidad, que no tienen nada que ver con la fe en el Dios de Jesucristo. San Pablo nos exhorta a que glorifiquemos, unánimes y a una sola voz, «al Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo» (*Rm* 15,6). Estimados hijos de Alcalá, no es suficiente una fe difusa en la divinidad; no es suficiente una fe en un dios impersonal; no es suficiente realizar unas prácticas religiosas de manera periódica. El cristiano está llamado a vivir el misterio

de Jesús, el misterio de Cristo en su plenitud; a celebrar, siguiendo el año litúrgico, los misterios de la vida del Señor; a unirse a la Virgen María en el seguimiento de Jesús, como fieles discípulos suyos.

10. San Pablo, en su carta a los Romanos, nos recuerda que Dios a los que conoció de antemano “los predestinó a reproducir la imagen de su Hijo” (*Rm* 8, 29).

En esta fiesta de la Virgen del Val, se nos invita a reproducir la imagen de Cristo en nosotros; a vivir según el modelo que tenemos en Cristo Jesús, como lo hizo la Virgen.

El Espíritu Santo, que fecundó a la Virgen María, haciéndola Madre de Jesús y madre de todos los hombres, nos santifica también a nosotros y nos renueva haciéndonos renacer a la vida divina. El Espíritu plasma en nosotros la imagen de Jesucristo, haciéndonos hijos de Dios en el bautismo. Hemos de dejar que Dios modele en nuestros corazones la imagen de su Hijo.

Celebrar la fiesta de la Virgen del Val, estimados devotos de la Virgen, nos invita a descubrir la imagen de su Hijo y hacerlo el centro de nuestra vida. Al reproducir en nosotros la imagen del Hijo, se opera una transformación espiritual en nuestros corazones. ¡Dejemos que el Espíritu actúe en nosotros, como lo hizo en la Virgen María! ¡Seamos dóciles a sus inspiraciones y a la acción de su gracia!

11. ¡Que en esta su fiesta, la Virgen del Val, fuente de luz y de vida, que alumbró la luz del mundo y nos ofreció al sol de justicia que no conoce el ocaso, nos conceda acoger en nuestro corazón al Señor! ¡Que ella nos ayude, con su maternal intercesión, para que seamos hijos de la luz, siguiendo las huellas de su Hijo! ¡Que la fe, que recibimos en nuestro bautismo, sea luz y vida para cada uno de nosotros! ¡Que sepamos ser testigos de esa misma luz, para que llegue también a todos los hombres, de modo especial a los devotos de la Virgen del Val! ¡Que María, la llena de gracia, nos ayude a saber escuchar la palabra de Dios, a conservarla y meditarla en nuestro corazón, a ponerla en práctica en cada uno de los momentos de nuestra vida y a meditar los misterios de la vida del Señor! Amén.

APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO 2003-2004 EN LA UNIVERSIDAD DE ALCALÁ DE HENARES

(Capilla de San Ildefonso - Alcalá, 25 Septiembre 2003)

Lecturas: *Ag* 1,1-8; *Lc* 9,7-9.

1. Al inicio de la celebración decíamos que, en esta eucaristía, queremos ofrecerle al Señor nuestro trabajo académico del curso que comenzamos. El trabajo humano de un creyente está abocado a la esterilidad, si no lo pone en manos de Dios; si el cristiano no permite que Dios transforme su trabajo cotidiano, éste puede quedarse a mitad de su objetivo. Dios, desde el principio de la creación, ha invitado al hombre a colaborar con Él en la obra maravillosa salida de sus manos (cf. *Gn* 1,27-28).

Le pedimos al Señor en esta celebración que envíe su Espíritu, para que abra nuestras mentes y nos ilumine. La conversión, como sabéis, es un “cambio de mentalidad” (*metanoia*); un cambio de mente (*nous*), que después pasará al corazón y llegará a la acción. El hombre empieza a convertirse desde la “*mens*”, desde el “*nous*”, desde la inteligencia.

2. Dios es el “*Bellum*”, el “*Bonum*” y el “*Verum*”. Es decir, la Belleza, la Bondad y la Verdad se identifican en Dios por esencia. Al hombre le distingue de los demás seres su capacidad para conectarse con ese *Bellum*, *Bonum* y *Verum*. Y la Universidad, como muy bien sabéis, tiene como objetivo último, precisamente, la

enseñanza de esos transcendentales. En la consecución de dicho objetivo, profesores y alumnos llegarán hasta donde puedan, dadas las limitaciones de la propia inteligencia humana; pero el objetivo al que tendemos no tiene limitación alguna. Se tiende al conocimiento máximo; se tiende al Absoluto, pero se llega, por limitación humana, hasta donde se puede.

Pero, si al inicio del curso, en esta eucaristía, le pedimos al Señor que nos dé su gracia para conocerlo mejor, para comprenderlo, para captar su sabiduría, nos ponemos en mejores condiciones de acercarnos a la Verdad objetiva; y, por tanto, podremos más fácilmente superar los conocimientos limitados, que nos ofrece nuestra subjetividad; podremos sobrepasar los puntos de vista imperfectos, en ese camino hacia el Absoluto.

3. Las lecturas, que la liturgia hodierna ofrecía en esta vigésima quinta semana del tiempo ordinario, nos han presentado un texto del profeta Ageo, cuyo relato data de finales del VI a.C.

El pueblo de Israel fue deportado a Babilonia por el rey Nabucodonosor; después de muchos años, una alianza política entre medos y persas domina a los babilonios. Cuando Ciro sube al poder permite a los israelitas, deportados en Babilonia, volver a Jerusalén y reconstruir el templo. Ciro es un hombre abierto, que respeta la religiosidad de sus súbditos y les permite incluso reconstruir su templo.

¡Ojalá haya algunos “Ciros” que, con talante abierto, colaboren con su esfuerzo, para devolver a nuestra Universidad su genuino rostro! Invitamos también a los que no se profesan cristianos, ni siquiera creyentes; sería suficiente su “talante abierto”, para permitir que los universitarios creyentes pudieran realizar el camino hacia la Verdad.

4. Ageo, como todo profeta bíblico, no solamente tiene una visión de futuro, sino que sabe interpretar, desde Dios, su momento histórico. A ejemplo del profeta, que pedía reconstruir el templo, os invito a que reconstruyamos nuestra Universidad. Actualmente no es lo que fue hace quinientos años, cuando fue creada; nació para conocer la Verdad y enseñarla. Parece que hoy no tiene institucionalmente ese objetivo; pero podemos comprometernos, como creyentes cristianos, a trabajar por ello. Disponemos de la herencia de quien la creó y de la de quienes aquí enseñaron durante varias centurias. Si tenemos una herencia, tenemos también un reto.

5. El profeta Ageo emplea unas imágenes fuertes, para presentar la situación del hombre que intenta hacer su vida prescindiendo de Dios: “Sembrasteis mucho, cosechasteis poco. Comisteis sin saciaros; bebisteis sin apagar la sed; os vestisteis sin abrigaros, recibisteis la paga en bolsa rota” (Ag 1,6). Cuando el hombre se aparta de Dios y no acepta su condición de criatura, puede sucederle lo que narra el profeta: no sacia su hambre, no apaga su sed, no se abriga, no se enriquece.

6. En este comienzo de curso, quisiera haceros un llamamiento a la fidelidad a nuestro trabajo, estimados profesores y alumnos. Estamos todos preocupados por la calidad de la enseñanza y por la aplicación de la nueva ley al respecto. La tarea del profesor consiste en ayudar al alumno a que crezca y se desarrolle íntegramente; en ofrecerle el manantial del saber, para apagar la sed insaciable que tiene el hombre de conocimiento; en ofrecerle el culmen de la sabiduría, el máximo de la sapiencia, que consiste en el *Verum*, como decíamos al principio.

No podemos contentarnos con ofrecer simples teorías científicas, hipótesis de trabajo, verdades “a medias”, o pequeños descubrimientos propios o ajenos.

Nuestra misión es llevarles a la fuente de la Vida; nuestra tarea es conducirle y acercarle a las fuentes de la Verdad, para que no se detenga a beber en los pequeños riachuelos o “charcos”, cuyas aguas no son puras; no existen “verdades subjetivas”, que pueden estar incluso en contradicción, sino que hay una única Verdad, que se manifiesta de formas variadas y a la que nos acercamos con distintos métodos, según las diversas ciencias.

7. Cada ciencia tiene un objeto formal, un objeto material y un método propios, pero todas ellas acercan a la misma fuente de Verdad; si no lo hacen, no son fieles a su objetivo. Os invito a que caminemos todos hacia ese objetivo.

La Universidad debe ser el ámbito de libertad por excelencia, donde se pueda llegar a conocer la Verdad; ésta no se puede quedar encerrada en presupuestos o prejuicios, que obstaculicen el camino de aquellos que desean llegar a conocerla.

8. Hoy le pedimos a Dios, Verdad absoluta, que abra nuestra inteligencia para descubrirle mejor; le pedimos su Luz, su Espíritu Santo, que nos ilumine en medio de las tinieblas en las que caminamos. Le pedimos también que nos ayude a realizar ese camino hacia Él.

No debemos detener nuestro camino ante las obras del Autor, sino que hemos de llegar hasta Él; no nos quedemos con las manifestaciones de lo que es el auténtico Amor, sino que hemos de llegar a vivirlo; no nos quedemos con lo externo, vayamos al núcleo y a lo esencial.

¡No perdamos de vista nuestra tarea docente y discente! ¡Seamos conscientes de la misión que tenemos en la Universidad!

¡Que el Señor nos ilumine y nos ayude a levantar nuestra mirada hacia la ardua y hermosa tarea que se nos encomienda! Pidamos a la Virgen del Val, Patrona de nuestra Universidad, que sepamos responder con fidelidad a nuestra misión. Amén.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

DECRETOS

Prot. N° OD 199-5/2003

JESÚS CATALÁ IBÁÑEZ
POR LA GRACIA DE DIOS Y DE LA SEDE APOSTÓLICA,
OBISPO DE ALCALÁ DE HENARES

Oído el parecer de los sacerdotes de la Diócesis acerca de los posibles candidatos a Arcipreste para el propio Arciprestazgo y también para los demás Arciprestazgos; teniendo en cuenta el parecer favorable de los sacerdotes del Arciprestazgo de Alcalá de Henares de dividir, “ad experimentum”, en dos zonas pastorales la Ciudad: “Alcalá Norte” (del Municipio de Alcalá: Parroquia de San Isidro Labrador, San Juan de Ávila, Santiago Apóstol, Santo Ángel y Santo Tomás de Villanueva; la Parroquia de San Pedro Apóstol de Camarma de Esteruelas, la Parroquia de la Asunción de Nuestra Señora de Meco y la Parroquia de la Asunción de Nuestra Señora de Valdeavero) y “Alcalá Sur” (comprende las Parroquias de: San Bartolomé, San Diego, San Francisco de Asís, San José, San Marcos, Santa María la Mayor, San Pedro, Virgen de Belén y Parroquia de Virgen del Val), **por las presentes**, en virtud de Nuestras Facultades Ordinarias, a tenor de los cánones 553 y 554, **nombramos ARCIPRESTES** de los siete Arciprestazgos y **COORDINADOR DEL EQUIPO ARCIPRESTAL “ALCALÁ SUR”** de la Diócesis, por el tiempo de tres años, con las facultades que se les reconocen en el c. 555, y las que tengamos a bien concederles para el mejor desempeño de su misión, a los sacerdotes siguientes:

1. ARCIPRESTE DE ALCALÁ (EQUIPO ALCALÁ NORTE):
Rvdo. Sr. D. JAVIER ORTEGA MARTÍN (Párroco de Santiago Apóstol, en Alcalá de Henares).
2. COORDINADOR DEL EQUIPO ARCIPRESTAL “ALCALA SUR”
M.I. Rvdo. Sr. D. LUIS GARCÍA GUTIÉRREZ (Canónigo de la Santa Iglesia Catedral-Magistral)
3. ARCIPRESTE DE ARGANDA DEL REY:
Rvdo. Sr. D. PASCUAL MOYA MOYA (Párroco de Sta. María del Castillo, en Perales de Tajuña).
4. ARCIPRESTE DE COSLADA-SAN FERNANDO:
Rvdo. P. ISMAEL CASTELLANOS FERNÁNDEZ, S.M. (Párroco de S. Pablo Apóstol, en Coslada).
5. ARCIPRESTE DE TORREJÓN DE ARDOZ:
Rvdo. Sr. D. SECUNDINO MELÓN ALONSO (Párroco del Espíritu Santo, en Torrejón de Ardoz).
6. ARCIPRESTE DE TORRES DE LA ALAMEDA:
Rvdo. Sr. D. JOSÉ ANTONIO FORTEA CUCURULL (Párroco de Ntra. Sra. de Zulema, en Villalbilla).
7. ARCIPRESTE DE LA VEGA DEL JARAMA:
Rvdo. Sr. D. JOSÉ ANTÚNEZ CID (Párroco de S. Vicente Mártir, en Paracuellos de Jarama).
8. ARCIPRESTE DE VILLAREJO DE SALVANÉS:
Rvdo. Sr. D. ANDRÉS MARÍA ALUMBREROS MENCHÉN (Párroco de San Andrés Apóstol, en Villarejo de Salvanes).

Dado en Alcalá de Henares, a 16 de septiembre de 2003.

Por mandato de su Excia. Rvdma.
José Antonio Navarro Marín
Canciller-Secretario

NOMBRAMIENTOS

ARCIPRESTES:

Rvdo. Sr. D. JAVIER ORTEGA MARTÍN, Arcipreste de Alcalá y coordinador del equipo sacerdotal «Alcalá–Norte» (16/9/2003)

Rvdo. Sr. D. PASCUAL MOYA MOYA, Arcipreste de Arganda del Rey (16/9/2003)

Rvdo. P. ISMAEL CASTELLANOS FERNÁNDEZ (SM), Arcipreste de Coslada-San Fernando (16/9/2003)

Rvdo. Sr. D. JOSÉ ANTÚNEZ CID, Arcipreste de la Vega del Jarama (16/9/2003)

Rvdo. Sr. D. SECUNDINO MELÓN ALONSO, Arcipreste de Torrejón de Ardoz (16/9/2003)

Rvdo. Sr. D. JOSÉ ANTONIO FORTEA CUCURULL, Arcipreste de Torres de la Alameda (16/9/2003)

Rvdo. Sr. D. ANDRÉS MARÍA ALUMBREROS MENCHÉN, Arcipreste de Villarejo de Salvanés (16/9/2003)

Rvdo. Sr. D. LUIS GARCÍA GUTIÉRREZ, Coordinador del equipo sacerdotal «Alcalá – Sur» (16/9/2003)

PÁRROCOS

Rvdo. P. JOSÉ LUIS DE LA CRUZ MARTÍN (OFM), Párroco de San Francisco de Asís en Alcalá (1/9/2003)

Rvdo. P. ISAÍAS LASO MARTÍN (MSF), Párroco de San José Obrero de Coslada (1/9/2003)

Rvdo. Sr. D. ÁNGEL MARTÍN ROMO, Párroco de Santa María Magdalena en Torrejón de Ardoz (4/9/2003)

Rvdo. Sr. D. RAFAEL MANUEL RODRÍGUEZ DE CASTRO, Párroco de Santo Tomás de Villanueva en Alcalá de Henares (5/9/2003)

ADMINISTRADOR PARROQUIAL:

Rvdo. Sr. D. ÁLVARO LUIS NAVARRO DÍAZ, Administrador Parroquial de Nuestra Señora de los Berrocales en Paracuellos de Jarama (8/9/2003)

VICARIOS PARROQUIALES:

Rvdo. Sr. D. PEDRO ARAGONCILLO DEL RÍO, Vicario Parroquial de la Purificación de Nuestra Señora en San Fernando de Henares (1/9/2003)

Rvdo. P. ANTONIO FERNÁNDEZ PÉREZ (MSF), Vicario Parroquial de la Sagrada Familia en Torrejón de Ardoz, (1/9/2003)

Rvdo. P. LUIS CARLOS APARICIO MESONES (SM), Vicario Parroquial de S. Pablo Apóstol de las Gentes de Coslada (1/9/2003)

Rvdo. P. VÍCTOR DíEZ MARINA (OFM), Vicario Parroquial de San Francisco de Asís en Alcalá de Henares (1/9/2003)

Rvdo. P. JOSÉ ANTONIO MAYO BOUZAS (MSF), Vicario Parroquial de San José Obrero en Coslada (1/9/2003)

Rvdo. P. IGNACIO JAVIER ORTIZ CABAÑAS (MSF), Vicario Parroquial de San José Obrero en Coslada (1/9/2003)

Rvdo. Sr. D. VÍCTOR MANUEL GUTIERREZ GONZÁLEZ, Vicario Parroquial de San Juan Bautista en Arganda (1/9/2003)

Rvdo. P. LUIS FERNANDO SÁNCHEZ MARTÍN (OSB), Vicario Parroquial de San José en Alcalá de Henares (8/9/2003)

Rvdo. Sr. D. ARTURO JOSÉ OTERO GARCÍA, Vicario Parroquial de San Juan Evangelista en Torrejón de Ardoz (16/9/2003)

ADSCRITOS:

Rvdo. Sr. D. PABLO ORMAZÁBAL ALBÍSTUR, Adscrito a la Parroquia de San Juan Evangelista en Torrejón de Ardoz (1/9/2003)

Rvdo. Sr. D. ANTONIO DE PADUA CASTRO ROLDÁN, Adscrito a la Parroquia de Santiago Apóstol en Alcalá de Henares (1/9/2003)

Rvdo. Sr. D. CÉSAR GIL CANTERO, Adscrito a la Parroquia de San Pedro y San Pablo en Coslada (16/9/2003)

OTROS NOMBRAMIENTOS:

Rvdo. Sr. D. PEDRO ARAGONCILLO DEL RÍO, Capellán de la Residencia de Mayores CAM en San Fernando de Henares (1/9/2003)

Rvdo. Sr. D. ALBERTO RAPOSO GÓMEZ, Director del Secretariado de Infancia y Juventud (1/9/2003)

Rvdo. Sr. D. CÉSAR ALZOLA GARCÍA, Director del Secretariado de Pastoral Familiar (1/9/2003)

Rvdo. Sr. D. ALBERTO RAPOSO GÓMEZ, Formador del Seminario Diocesano (1/9/2003)

Rvdo. Sr. D. PABLO ORMAZÁBAL ALBÍSTUR, Juez Diocesano en el Tribunal Eclesiástico de Alcalá de Henares (1/9/2003)

Rvdo. Sr. D. EUGENIO DE DIEGO SANZ, Capellán del Centro Penitenciario “Alcalá de Henares” (4/9/2003)

Rvdo. Sr. D. MANUEL ARÓZTEGUI ESNAOLA, Director Espiritual del Seminario Diocesano (16/9/2003)

ACTIVIDADES DEL SR. OBISPO. SEPTIEMBRE 2003

Día 1. Regreso de Plasencia.

Días 2-3. Audiencias.

Día 4. Reunión del Consejo episcopal.

Día 5. Audiencias.

Día 6. Despacha asuntos de la Curia diocesana.

Día 8. Por la mañana, audiencias.

Por la tarde, reunión con los Superiores del Seminario.

Día 9. Audiencias.

Días 10-11. Reunión de la Subcomisión Episcopal de Catequesis (Conferencia Episcopal).

Día 12. Reunión de Provincia eclesiástica.

Día 14. Preside la Eucaristía con motivo del 150 Aniversario de fundación de la “Hermandad del Cristo del Sudor” (Valdeavero).

Día 15. Por la mañana, audiencias.

Por la tarde, preside la Eucaristía en el Seminario.

Día 16. Jornada sacerdotal (Ekumene).

Día 17. Visita un sacerdote enfermo en el hospital (Salamanca).

Día 18. Reunión del Consejo episcopal.

Día 20. Celebra la Eucaristía con motivo del matrimonio de Pablo Senabre y Amparo Catalá (Parroquia de San Andrés - Valencia).

Día 21. Preside la Misa con motivo de la Fiesta de la Virgen del Val (Ermita - Alcalá).

Día 22. Por la mañana, despacha asuntos de la Curia.

Por la tarde, preside la procesión de la Virgen del Val.

Día 23. Reunión del Consejo Asesor de la Subcomisión episcopal de Catequesis (Madrid).

Día 24. Por la mañana, prosigue la Reunión del Consejo Asesor de la Subcomisión episcopal de Catequesis (Madrid).

Por la tarde, preside la Eucaristía con motivo de la fiesta de la Virgen de la Merced (Mercedarias de la Caridad – Alcalá).

Día 25. Preside la eucaristía con motivo del Acto Solemne de Apertura del Curso Académico 2003-2004, en la Universidad de Alcalá de Henares.

Día 26. Audiencias y reunión de arciprestes.

Día 27. Concelebra la eucaristía con motivo de la toma de posesión Mons. Juan-José Asenjo, como nuevo Obispo de Córdoba.

Día 28. Preside la eucaristía en la capilla de Nuestra Señora (Belvis).

Día 29. Audiencias y visita un sacerdote enfermo.

Día 30. Por la mañana, audiencias.

Por la tarde, reunión del Consejo diocesano de Asuntos Económicos.



SR. OBISPO

HOMILÍA EN LA CEREMONIA DE ENVÍO DE PROFESORES DE RELIGIÓN

Parroquia San Saturnino de Alcorcón, 5-IX-2003

Muy queridos hermanos y amigos todos, muy especialmente la familia de nuestra querida M^a Teresa que ha visto ya el rostro de Dios.

Este momento es para nosotros, siempre, un momento de gozo, de paz y de tranquilidad y de renovar nuestro espíritu con lo mejor que tenemos de nosotros mismos, ante la misión que da sentido a nuestras vidas, que es -por decirlo de forma sintética- la enseñanza de la religión.

San Eusebio de Cesarea, a propósito de una de las frases que San Ireneo escribe al final de sus días haciendo como una visión global de toda su vida, comenta: “Todo lo que hice a lo largo de toda mi vida, todo lo que he enseñado -gran cúmulo de enseñanzas en torno a la religión, concretamente en torno a la fe cristiana- todo lo que he sembrado, es lo que en toda mi vida recibí desde niño, que he dejado madurar, que he dejado crecer, desde un alma de niño hasta un alma de adulto”.

Sólo con esto ya sería para nosotros un motivo de estímulo para pensar lo esencial que es lo que sembramos para hacer hombres y mujeres maduros, con nuestra presencia en la escuela, en el instituto, en el proceso educativo de tantas y tantas personas.

Hoy hacemos, lo que llamamos, en síntesis “El envío del Espíritu Santo” para nuestra misión; y es que, como todos sabéis perfectamente, el cristiano nunca es cristiano en solitario. Al nombre de cristiano siempre hay que asociar la misión que Dios nos da en la vida. Ser cristiano es tener sentido pleno de la existencia. No dejar que anide en el corazón la frustración que viene del nihilismo o del “sinsentido”. Y el cristiano siempre viene con una misión. Dios ha ido disponiendo una serie de circunstancias por las que con asombro, quizá, yo he recibido esta misión de enseñar. Y de enseñar a estos rostros concretos de personas, de dejar simiente de ternura, de madurez, en el corazón de la existencia de nuestros alumnos. ¡Sentíos llamados y enviados por el Espíritu Santo!

Cuando hacemos esta ceremonia del envío, no estamos ante una concesión que haga el Obispo, es más bien un derecho a sentirnos enviados por el Señor, formando parte de lo que llamamos la misión, mayoritariamente de los laicos, en el mundo.

Por eso al contemplar vuestros rostros y veros como evangelizadores y tener la satisfacción de veros como colaboradores de una misión tan importante, dentro de la misión de la Iglesia Universal y concretamente dentro de la misión de nuestra Diócesis, con tanta gente joven y tantos niños, ni que decir tiene que me dais satisfacción, tranquilidad y también motivo de preocupación y de oración para que cumpláis vuestra misión como verdaderos evangelizadores.

La Iglesia tiene el deber de velar por la educación en la fe donde hay bautizados, como los alumnos que tenéis vosotros, que se educan para ser cristianos. Si son bautizados, tienen ya el germen, nadie tiene mejor derecho que la Iglesia para estar presente y asegurar una enseñanza, una educación sin separar ambos conceptos indivisiblemente unidos, para hacer posible el crecimiento de las personas.

No se trata solamente por tanto de dar una catequesis, -que tanto esgrimen como argumento aquellos que están en contra de la enseñanza de la religión-; no es catequesis, aunque es verdad que es algo que está indisolublemente unido a la catequesis, ni siquiera se trata sólo de una enseñanza de la religión como una asignatura, como un cúmulo de conocimientos, sino, eso sí, como un conjunto de conocimientos que facultan al alumno para estar bien orientado en su realización como ser humano: con todo eso que llamamos los valores y el sentido más genuino de la vida humana.

Entre las instituciones que educan, no cabe duda de que una fundamental es la escuela. Y la escuela, para los bautizados, tiene que educar también en el sentido de la fe y su transmisión.

Eso es lo que tratamos de explicar cuando hablamos de los derechos inalienables que los padres tienen: uno de esos derechos es elegir para los hijos la educación que ellos desean.

En todo proceso educativo, en las diferentes etapas de la formación de la personalidad del niño y del joven, es absolutamente necesario dotarlo de una serie de convicciones profundas acompañadas de conocimientos y valores que le permitan ir formando criterios personales. ¡Qué bonito! ¿Verdad?: Educar en el núcleo íntimo de la persona.

Criterios personales para que puedan hacer una confrontación crítica con otras maneras de entender la identidad personal. Todos estamos en disposición de valorar la realidad y actuar sobre ella, de forma permanente buscamos y encontramos los valores que creemos y confesamos como verdaderos.

¿Quién puede negar la importancia de la enseñanza de la religión para el sentido pleno de la vida, para lo que es esencial?

Incluso me atrevería a decir, sin hacer ahora mayor precisión: es eso lo que tanto falta en la sociedad en la que vivimos cada día, el sentido de la vida.

Es verdad que es una vida en muchos aspectos con adelantos, confort, pero al mismo tiempo es una vida, para muchas personas, que carece de sentido pleno; sólo hay, a veces, un sentido de lo inmediato, de lo pasajero que no tiene mañana y mucho menos tiene que ver con la trascendencia.

El hombre que se va haciendo responsable tiene que ir encontrando el sentido de la relación como persona con todo eso que llamamos los valores, fundamentalmente el valor de sentirse llamado a la trascendencia donde estaría la esencia misma de la religión. La relación jerárquica de valores es algo que se aprende en el día a día de la educación.

Cuántas expresiones, cuántos testimonios, cuánta riqueza podéis ofrecer vosotros mismos de lo que supone el día a día de la escuela, de la educación, de la

relación con el alumno, de esta relación tan profundamente humana porque va a tocar la esencia de lo que es el sentido pleno de la vida. Sentido pleno que contribuye de manera muy positiva a encontrar las respuestas necesarias en el Evangelio de Jesucristo, en la religión cristiana y que, después, tendrán su vivencia y expresión en la catequesis.

Vamos a dar gracias juntos -la Eucaristía siempre es acción de gracias- porque nos ha llamado, porque nos ha convocado, para que el Espíritu Santo, que hemos invocado y vamos a invocar, os ilumine siempre y sea esa luz brillante en el interior, que justifique todos los malos momentos, todos los posibles o aparentes fracasos y dé también sentido pleno a la labor y al esfuerzo de cada día.

Sed mensajeros de la fe que salva al hombre: la fe en Jesucristo.

HOMILÍA EN LA EUCARISTÍA CELEBRADA EN LA CÁRCEL DE VALDEMORO

Festividad de Nuestra Señora de la Merced, 24-IX-2003

Me vais a permitir que comience manifestando una satisfacción grande en mi propio corazón, al sentirse esta mañana en relación con los vuestros, con los sentimientos profundos que a todos nos animan siempre y nos ayudan a recorrer el camino de la vida con paz.

Añado a esto mi agradecimiento porque me habéis recibido. Gracias a la Dirección del Centro que siempre facilita nuestra presencia entre vosotros, gracias pues a las autoridades.

Gracias también a vosotros, los que formáis esta familia de Hijos de Dios cargados de la dignidad que Dios da a todo ser humano; cuando, además, los seres humanos participamos del bien de la imagen de Dios y, también, de la debilidad propia del hombre, pronto a caer en tentación.

Cómo no agradecer y dar gracias a Dios muy especialmente a los voluntarios. Quiero darles las gracias en nombre del Señor ya que es una gracia que ellos han recibido y a la que están correspondiendo, algunos ya con verdadera veteranía de fidelidad al compromiso de estar entre vosotros, compartiendo vuestra vida y queriendo orientarla en lo posible con su testimonio hacia la verdad y el bien. Gracias a los voluntarios.

Gracias también a mis hermanos en el sacerdocio de Jesucristo que están haciendo un servicio de amor entre vosotros, por lo menos, intentándolo con lo mejor que tienen de ellos mismos.

Y dicho esto, todos los hombres tenemos un denominador común muy claro: que estamos en camino, la vida es un camino que empieza a recorrerse. Este camino normalmente lo recorreremos con ansias de alcanzar nuevas metas, marcadas también por esa siempre insatisfecha ansia de ser felices, de vivir mejor, estar mejor, de hacer mejor la sociedad.

En el camino de la vida tropezamos y nos equivocamos muchas veces. Pero el corazón del hombre, lo mismo el tuyo que el mío, tiene siempre una capacidad infinita de vivir con ilusión y con esperanza. Ese don de la imagen de Dios que llevamos dentro se llama esperanza, y en la fe cristiana lo llamamos esperanza y confianza infinita en que Dios nos ama, aunque hubiéramos equivocado el camino; el amor de Dios es un amor eterno.

Si no tuviéramos esa certeza de que Dios está con nosotros, de que Dios nos ama, a pesar de nuestras culpas, perderíamos la capacidad de confiar y la capacidad más grande que tiene el hombre: la de esperar.

Tenemos capacidad de ilusión y de confianza; todos hemos oído decir, y de alguna forma también todos lo experimentamos, que sin ilusiones no se vive, que es lo mismo que decir que sin esperanza no se vive. Pues el perenne mensaje de Jesucristo al hombre, de Jesucristo el Hijo de Dios, es que tenemos que esperar siempre y gozosamente.

Para esperar siempre y gozosamente tenemos que devolver a nuestro corazón la paz. Así nos lo han recordado oportunamente las lecturas de la Palabra de Dios (Ez, 36 24-30 y St 3, 16-4, 3), que siempre dicen mucho cuando se la escucha dentro, en la intimidad del hombre.

Las lecturas nos decían -sólo voy a subrayar dos o tres afirmaciones- que la paz trae la justicia y la justicia da la paz (St 3, 18). ¿Sería muchos pedirnos a todos y cada uno de nosotros que nos hiciéramos mensajeros de paz, tratando de reconciliarnos con nosotros mismos, de traer paz interior para convertirnos en mensajeros de paz para los que nos rodean?

¡Es algo tan fundamental cuando se pasa un momento difícil en la vida como puede ser el que vosotros estáis pasando! A pesar de la dificultad del momento, a pesar de que tenga una proyección demasiado hacia fuera, este momento de vuestra vida, esta etapa también puede traer el crecimiento en la paz interior y la posibilidad de ser mensajeros de paz para los que conviven con vosotros.

Sin la paz difícilmente se hace justicia. La lectura que hemos escuchado parece que llegaba a estos extremos, al mencionar esa palabra que tanto nos interpela y nos asusta: la paz, la justicia; porque si no tenéis paz y justicia, puede ser que hasta seáis capaces de matar. Matar la propia vida y de matar la vida ajena. No es pues algo que yo no pueda hacer, reconciliar la paz. La paz y la bondad de Dios se reconcilian cuando escuchamos textos tan elocuentes como los que hemos escuchado hoy: la historia de la mujer adúltera (Jn 8, 1-11). Hay que adquirir ojos limpios de fe y de corazón para comprender que el Señor perdona siempre: “¿Nadie te condena?” -le dice a la mujer sorprendida en adulterio- “¿Nadie te condena? Yo tampoco te condeno. Vete en paz”. Vuelve a aparecer la palabra clave, paz. Paz interior. Reconcílate, crea eso que habéis tenido como motivo de esta celebración, para lograr la paz: tener un corazón nuevo, más blando, más tierno, más corazón amante.

Sólo Dios nos da esa paz. “Se fueron retirando”. Nadie tiró piedras. Así lo hemos representado aquí con sinceridad de corazón. Y ojalá sea de corazón y no sólo de obra.

Hago una observación a este texto: el evangelio donde se nos narra este hecho de la vida de Jesús aparecía en los códices antiguos pero luego fue retirado, por los que hacían de copistas ¿Por qué?, os preguntaréis. Porque les parecía que era un poco incomprensible que Dios perdonara tanto y le dijera a la mujer: “Vete en paz y no peques más” y “Nadie te condena, yo tampoco te condeno”.

Entonces les parecía que Dios daba demasiadas facilidades para el perdón y que quizá no valoraba suficientemente lo que los hombres pensaban, que tenían que apedrear a esa mujer sorprendida en adulterio.

Conocer a Dios y el corazón de Dios es tratar de conocer nuestro propio corazón: ¡qué tengamos la misma capacidad de perdonar y de no tirar piedras a nadie, de no ser jueces duros de nadie sino tener las entrañas del corazón de Jesús, corazón de Dios!

¿Seremos capaces de escuchar en nuestro interior: “Nadie me condena Señor porque Tú no me condenas”, tener la sensación de que recobro la paz con el perdón de Dios?

Hay que pedir el perdón y tener también la decisión clara de un corazón nuevo, ese corazón nuevo que hoy imploramos para que nos conceda la Virgen bajo esta imagen de “liberarnos de las cadenas”. Las cadenas más terribles para el hombre no son estar privados de la libertad externa, es tener nuestros corazones encadenados al mal, a la violencia, al odio. Y estar libre es tener otro corazón con esa disposición permanente de amar a Dios sobre todas las cosas y amarnos los unos a los otros. Que Dios así lo conceda y así lo vamos a pedir.

Yo os repito mi agradecimiento por la participación en esta Eucaristía con vosotros para dar gracias a Dios por todas y cada una de las personas que están vinculadas a esta comunidad grande donde hoy tenéis vuestra residencia, donde muchos ejercen su ministerio, su trabajo y su dedicación al servicio del hombre. Amén.

CANCILLERÍA-SECRETARÍA

NOMBRAMIENTOS

CURIA DIOCESANA:

Delegado Diocesano de Migraciones: D. Vicente Rico Beltrán (9-9-2003).

Delegado Diocesano de Pastoral Obrera: P. Víctor Manuel Pidal Menéndez (9-9-2003).

Subdelegado Diocesano de Juventud: D. Enrique Alfonso Roldán Pérez (9-9-2003).

PÁRROCOS:

De San Juan Bautista (Fuenlabrada): D. Antonio Anastasio (Fraternidad San Carlos Borromeo), (9-9-2003).

De Santa María de la Alegría (Móstoles): D. Alberto Royo Mejía (9-9-2003).

Nuestra Señora de Buenavista (Getafe): P. Fermín Salvatierra Pejenaute (Agustinos Recoletos), (9-9-2003).

De San Rafael (Getafe): José Manuel García Naranjo (HH. Caridad), (9-9-2003).

De San Eladio (Leganés): Francisco Javier Ortiz Peña (HH. Caridad), (9-9-2003).

Concepción de Nuestra Señora (Chapinería): Francisco Javier Fernández Perea (9-9-2003).

De Santa Teresa del Niño Jesús (Leganés): P. Julián Lucas Lázaro (A. Asuncionistas), (9-9-2003).

De Nuestra Señora de la Saleta (Alcorcón): Fernando Ramírez Puig (9-9-2003).

De Anunciación de Nuestra Señora (Fuenlabrada): Francisco Cañas Manjón (9-9-2003).

De Santa María Magdalena (Titulcia): D. José Valentín Sesé Vargas (9-9-2003).

De San Juan de Mata (Alcorcón): D. Benigno Zaballa Olavaria (Trinitarios), (30-9-03).

VICARIOS PARROQUIALES:

De San Rafael (Getafe): P. José Rodier Malheux (HH. Caridad), (9-9-2003).

De San Eladio (Leganés): P. Antonio Cano García-Viso (HH. Caridad), (9-9-2003).

P. Norberto Otero López (HH. Caridad), (9-9-2003).

De San Pedro Bautista (Alcorcón): Fr. Jesús Antonio Bravo Durán (Franciscanos O.F.M.) (9-9-2003).

De El Salvador (Leganés): Jaime Pérez-Boccherini Stampa (9-9-2003).

De Nuestra Señora del Carrascal (Leganés): P. José Luis Ruiz Aznárez, O.P., (9-9-2003).

De Santa Teresa del Niño Jesús (Leganés): P. José Alberto Domínguez (A. Asuncionistas), (9-9-2003).

De Nuestra Señora de la Salud (Leganés): P. Jesús Aparicio Gómez (9-9-2003).

De Santo Domingo de la Calzada (Alcorcón): Michele Lugli (Fraternidad San Carlos Borromeo), (9-9-2003).

De Santa Sofía (Alcorcón): D. Pablo Oscar Finós (9-9-2003).

De Cristo Liberador (Parla): José Sánchez Ramos (Salesianos) (9-9-2003).

De San Juan Bautista (Fuenlabrada): Giovanni Mousazzi Giorgetti (9-9-2003).

De Virgen del Alba (Alcorcón): Volusiano Calzada Fidalgo (Misioneros del Verbo Divino) (9-9-03).

ADSCRITO:

Adscrito a la Parroquia Natividad de Nuestra Señora (San Martín de la Vega): **Ángel Rodríguez Tejedor**, (9-9-2003).

OTROS OFICIOS:

Director Espiritual del Colegio-Seminario (Rozas de Puerto Real):
Francisco Javier Fernández Perea, (9-9-2003).

Miembro del Colegio de Consultores: Fermín Marcos Priego (1-9-2003).

DEFUNCIONES

- El día 14 de julio de 2003, D. JOSÉ M^a SOLER ZULATEGUI, padre del sacerdote diocesano D. Antonio Soler. Párroco de la Inmaculada de Alcorcón. Falleció a los 78 años, en Madrid.

- El día 19 de julio de 2003, D. VÍCTOR HERNÁNDEZ MUÑOZ, padre del sacerdote Víctor Hernández Rodríguez, actualmente en Misiones en Brasil. Falleció a los 77 años de edad, en Madrid.

- El día 6 de septiembre de 2003, Dña. CARMEN RIVAS, madre del Delegado diocesano de Liturgia, D. Jesús Enrique García Rivas. Murió en Perales del Río a los 84 años de edad.

Que así como han compartido ya la muerte de Jesucristo, compartan también con Él la Gloria de la resurrección.

ROMANO PONTÍFICE

**MENSAJE PARA LA
XXIV JORNADA MUNDIAL DEL TURISMO**

27 de Septiembre de 2003

1.- El próximo 27 de septiembre se celebrará la Jornada mundial del turismo, que tendrá como tema: «El turismo, elemento propulsor de lucha contra la pobreza, para la creación de empleos y la armonía social». Con vistas a esta significativa celebración, deseo proponer a todos, especialmente a los fieles católicos, algunas reflexiones sobre este tema a la luz de la doctrina social de la Iglesia y de los cambios que se están produciendo actualmente en el mundo, cambios que afectan también al ámbito del turismo.

En efecto, el turismo se ha de considerar como una expresión particular de la vida social, con implicaciones económicas, financieras, culturales y con consecuencias decisivas para las personas y los pueblos. Su relación directa con el desarrollo integral de la persona debería orientar su servicio, como el de las demás actividades humanas, a la edificación de la civilización en el sentido más auténtico y completo, es decir, la edificación de la «civilización del amor» (cf. *Sollicitudo rei socialis*, 33).

La próxima Jornada mundial centrará su atención en la relación del turismo con las bolsas de pobreza que existen en cada continente. El drama de la pobreza es uno de los mayores desafíos actuales, mientras se va agravando la brecha entre

las diversas áreas del mundo, a pesar de que se disponga de los medios necesarios para ponerle remedio, pues la humanidad ha alcanzado un desarrollo científico y tecnológico extraordinario. Por tanto, es muy oportuno «reafirmar un principio en sí mismo obvio, aunque frecuentemente incumplido: es necesario buscar no el bien de un círculo privilegiado de pocos, sino la mejora de las condiciones de vida de todos. Sólo sobre este cimiento se podrá construir un orden internacional realmente marcado por la justicia y la solidaridad, como es deseo de todos» (*Mensaje para la Cuaresma*, 7 de enero de 2003, n. 2: L'Osservatore Romano, edición en lengua española, 14 de febrero de 2003, p. 3).

2. No es posible permanecer indiferentes e inertes ante la pobreza y el subdesarrollo. No podemos encerrarnos en nuestros intereses egoístas, abandonando a innumerables hermanos y hermanas en la miseria, y, lo que es más grave aún, dejando que muchos de ellos vayan al encuentro de una muerte inexorable.

Basándose en la capacidad creativa y en la generosidad de que la humanidad dispone para poner fin a esta plaga social y moral, es preciso encontrar soluciones adecuadas de carácter económico, financiero, técnico y político. Pero, como recordé en otra ocasión, «todas estas medidas serían insuficientes si no están animadas por valores éticos y espirituales auténticos» (*Discurso al nuevo embajador de Bolivia ante la Santa Sede durante la presentación de sus cartas credenciales*, 8 de junio de 2000, n. 3: L'Osservatore Romano, edición en lengua española, 9 de junio de 2000, p. 8).

La actividad turística puede desempeñar un papel relevante en la lucha contra la pobreza, tanto desde el punto de vista económico como social y cultural. Viajando se conocen lugares y situaciones diversas, y se cae en la cuenta de cuán grande es la brecha entre los países ricos y los pobres.

Además, se pueden valorar mejor los recursos y las actividades locales, favoreciendo la participación de los sectores más pobres de la población.

El viaje turístico y la estancia en otros países implican siempre un encuentro con personas y culturas diversas. Por doquier, pero sobre todo en los países en vías de desarrollo, el visitante y el turista difícilmente pueden evitar entrar en contacto con realidades dolorosas de pobreza y de hambre. En este caso, no sólo es necesario resistir a la tentación de encerrarse en una especie de «isla feliz», aislándose del ambiente social; más aún, es preciso evitar aprovecharse de la propia posición

de privilegio para explotar las «necesidades» de la gente del lugar. Por tanto, la visita ha de ser ocasión de diálogo entre personas de igual dignidad; motivo de mayor conocimiento de los habitantes del lugar y de su historia y cultura; y apertura sincera a la comprensión del otro, que desemboque en gestos concretos de solidaridad.

Hay que comprometerse para evitar que el bienestar de unos pocos privilegiados se consiga en detrimento de la calidad de vida de muchos otros. Vale aquí lo que, en sentido más general, escribí en la encíclica *Sollicitudo rei socialis* con respecto a las relaciones económicas: «Es necesario denunciar la existencia de unos mecanismos económicos, financieros y sociales, los cuales, aunque manejados por la voluntad de los hombres, funcionan de modo casi automático, haciendo más rígidas las situaciones de riqueza de los unos y de pobreza de los otros. (...) Es necesario someter en el futuro estos mecanismos a un análisis atento bajo el aspecto ético-moral» (n. 16).

3. El tema de la próxima Jornada mundial del turismo trae a la memoria las palabras de Jesús: «Bienaventurados los pobres de espíritu» (Mt 5, 3), una invitación siempre actual a la solidaridad con los pobres, los hambrientos y los necesitados, que interpela a los creyentes.

Como recuerda el *Catecismo de la Iglesia católica*, «las bienaventuranzas dibujan el rostro de Jesucristo (...); expresan la vocación de los fieles (...); iluminan las acciones y las actitudes características de la vida cristiana» (n. 1717). Sería grave que el discípulo de Cristo se olvidara de eso precisamente en el tiempo libre o durante un viaje turístico, es decir, cuando podría dedicarse a una contemplación más serena del «rostro de Cristo» en el prójimo con quien entra en contacto. Cuando la enseñanza del Señor ilumina nuestra vida, nos sentimos comprometidos a hacer que todas las actividades, incluida la turística, sean realizaciones de la «nueva «creatividad de la caridad»», que nos hace solidarios «con quien sufre, para que el gesto de ayuda no sea percibido como limosna humillante, sino como un compartir fraterno» (*Novo millennio ineunte*, 50).

Esta solidaridad se practica ante todo respetando la dignidad personal de la población del lugar, su cultura y sus costumbres, con una actitud de diálogo para promover el desarrollo integral de cada uno. En el viaje turístico esta actitud es aún más exigente, puesto que es más palpable la diversidad de civilizaciones, culturas, condiciones sociales y religiones.

Deseo vivamente que la actividad turística sea un instrumento cada vez más eficaz para la reducción de la pobreza, para la promoción del crecimiento personal y social de las personas y de los pueblos, y para la consolidación de la participación y la cooperación entre las naciones, las culturas y las religiones.

Que la santísima Virgen María proteja a cuantos, de diferentes modos, están implicados en el vasto campo del turismo y los mantenga siempre sensibles con respecto a quienes sufren a causa de la pobreza, la injusticia, la guerra y la discriminación. Sobre cada uno invoco la abundancia de los dones divinos, a la vez que bendigo de corazón a todos.

Vaticano, 11 de junio de 2003.